

BIBLIOGRAFÍA

A) Historia de España

CACHO VIU, Vicente: *Los intelectuales y la política. Perfil político de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 222 pp.

Se trata de comentar el último libro —póstumo— de Vicente Cacho: un texto que nos mantiene en el recuerdo a este autor como uno de los pioneros y más sobresalientes representantes, en la historiografía española, de lo que él mismo denominaba la historia intelectual. Pero se trata de algo más.

Con sólo ojear su índice, enseguida nos damos cuenta de que el libro representa, cuanto menos, otras dos realidades. Una queda perfectamente clara. En su primera parte, el texto encierra el homenaje póstumo de sus amigos y colegas más cercanos. Se materializa en los textos introductorios de los profesores José Varela Ortega y Octavio Ruíz Manjón, pero alienta otras concurrencias, no menos intensas, de gente como Vicente Ferrer o de Elena Hernández Sandoica.

La segunda caracterización resulta menos evidente, pero no por ello es menos profunda. Por su temática, *Los intelectuales y la política* bien podría ser leído como una especie de testamento intelectual, político y hasta cívico de Vicente Cacho. Claro está que él no lo concibió como tal: se trata de un conjunto de trabajos aislados, aunque con evidente unidad temática, el más antiguo de los cuales se remonta a 1983. Pero en el fondo de estas páginas que ahora, desgraciadamente, nosotros leemos tras su muerte, se respiran los compromisos fundamentales de Vicente Cacho para con su entorno profesional-historiográfico, político y cultural general.

Consciente del riesgo que representa intentar reducir un compromiso de esta naturaleza a una fórmula simple, aun así me atrevería a concretarlo en

tres puntos: el primero, centrado en su preocupación por las posibilidades de afianzamiento, en España, de una cultura liberal que permita la superación de la dramática y secular escisión entre las «dos Españas», así como el fomento de una nueva convivencia política, cotidiana, cultural y hasta religiosa (tema que a él le interesaba tanto); el segundo, corolario del primero, se centraba en el estudio histórico y en la preocupación cotidiana por el papel que habían jugado y debían jugar los intelectuales en relación a su país y a su cultura (tema que refleja el hilo conductor de este libro); y el tercero, fundamentado en su amor por la cultura española, que él entendió siempre como la de una Iberia tan ideal como imprescindible, identificado con su propia trayectoria personal, comprometida con la idea del respeto para con la pluralidad cultural hispánica.

Aunque el tema concreto del libro que ahora nos ocupa sea eminentemente castellano, sería incluso injusto olvidar que Vicente Cacho trasladó a Barcelona su magisterio —que gustaba ejercer de forma individualizada o en pequeños grupos— y su compromiso cívico antes referido. Mantuvo ambas actitudes en unos años setenta en que el diálogo cultural y universitario resultaba harto complejo. Pero terminó dejando oír su voz, armado de aquella socarronería tan suya y de la perseverancia del corredor de fondo, que ejerció desde su pequeño despacho del Ateneo Barcelonés. Cacho consiguió reunir sensibilidades dispares alrededor del interés por la investigación histórica, sobre todo por la dedicada a esclarecer los elementos constitutivos y los mecanismos internos del catalanismo contemporáneo.

La naturaleza del presente libro me da pie a introducir un comentario que, a pesar de ser personal, puede resultar significativo. El 7 de abril de 1978 mantuve con Vicente Cacho una larga sesión de trabajo (de la que conservo notas tomadas con precipitación y avidez); en ella, como si lo hubiese culminado en fecha reciente, fue desgranando metódicamente un completísimo esquema de la crisis europea de fines del siglo XIX. Venía de redactar su artículo *Francia, 1870-España, 1898*, así como *Catalanismo y catolicismo en el ambiente intelectual finisecular* (ambos aparecían el mismo 1978) y algunos de los temas clave de este crucial período los habíamos discutido con anterioridad. Pero, en esta ocasión, superó estos planteamientos y me abrió un horizonte nuevo, con una explicación bien trabada de la «crisis» en la que se combinaban los horizontes «intelectual», político y sociológico en la triple perspectiva europea, española y catalana. En la actualidad, las aproximaciones multidisciplinares están más al uso (no tanto las de alcance interterritorial), pero por aquellas fechas constituían una verdadera novedad. Vayan estas líneas como homenaje hacia esa fructífera influencia de 1978, por la gran repercusión que tuvo en mi trayectoria posterior.

De lleno en el contenido de *Los intelectuales y la política*, debemos avanzar que se trata de una aportación perfectamente identificable con la «historia intelectual». Se han reunido trabajos sobre el origen de las preocupaciones intelectuales y políticas de J. Ortega y Gasset, sobre su etapa de formación, sobre su actividad señera que le permite presentarse como el mejor definidor intelectual de la «generación del 14», sobre su actividad como agitador cultural y hasta como empresario de la cultura, o sobre su confrontación con otras personalidades españolas, muy concretamente la que le relaciona con Unamuno.

En este sentido, pienso que el subtítulo de la obra —*Perfil público de Ortega y Gasset*— resulta más esclarecedor de su contenido que el propio título. Aportaciones recientes sobre Ortega y Gasset y la «generación del 14» (como las del profesor Santos Juliá) han incidido más sobre la naturaleza del sistema político de la Restauración y las formas de organización y de presión sobre el mundo político ejercidas por los intelectuales. En el caso que nos ocupa, la atención primordial se ha centrado en el esclarecimiento de algunos de los temas que incitan a la toma de conciencia como sector individualizado por parte de estos intelectuales (aplicado al caso de Ortega, que se define como paradigmático y ejemplar) y, con relación a la dinámica política general, de la localización de las preocupaciones principales que los intelectuales intentan lanzar sobre la opinión pública española.

Visto desde esta óptica, más intelectual que específicamente política, el análisis de Vicente Cacho permite orillar en gran parte el tema de la frustración política de los intelectuales españoles (véase, sin embargo, el capítulo primero en su apartado cuarto, que titula «Astenia política de Ortega»). Además, al no llevar el estudio pormenorizado hasta los tensos años de la Segunda República, la frustración de los intelectuales puede mantenerse en el campo de las ideas y de las estéticas, de los desencantos personales, rehuendo de esta forma el dramatismo colectivo que la envolvió en la gran crisis de 1936-1939 y de la inmediata posguerra.

El libro de Cacho mira en la otra dirección, hacia los orígenes del problema, y es por ello que el gran punto de inflexión quedará situado en la crisis del 98, en el momento —no cruento en el plano interior, ni definitivo en el político— en el que las fabulaciones regeneracionistas empiezan a frecuentar las páginas de los principales periódicos, los programas políticos y algún que otro despacho ministerial.

Es precisamente en este momento, cuando la posibilidad intervencionista de los intelectuales aún podía considerarse razonablemente abierta, en el que el autor pone el énfasis analítico para concluir que el descorazonamiento, la desazón y, en el fondo, la desconfianza con que se contempla la evolución

refractoria del pueblo, son temas básicos que nunca desaparecen de las trayectorias intelectuales individuales.

A mi modo de ver, la aportación más interesante del libro debemos buscarla en la proyección internacional que el autor nos brinda de la formación y del encuadre de los grandes temas orteguianos; imposible olvidar, en este sentido, el capítulo cuarto que titula «Ortega y la imagen de las dos Españas», según mi parecer, la mejor aportación del libro. Se trata de un ingrediente más del análisis de conjunto, que Vicente Cacho introduce de forma perfectamente trabada con el texto, con el resultado de un saludable enriquecimiento del mismo. Ortega se nos aparece como un destacado receptor del mundo cultural francés, al que con el tiempo añadirá las aportaciones del prestigioso mundo universitario alemán, y más reacio al contacto con los ambientes culturales anglosajones.

La propensión nietzscheana que, como intelectual, Ortega comparte con tantos otros de su época, en este caso también debe matizarse con el «utilitarismo» de raíz francesa, esto es, con el compromiso por comprender y enriquecer la cohesión social real de la nación y por adecuarla a las exigencias de modernización que se imponían por todo occidente: la reacción francesa tras el desastre de 1870 impresionó y se extendió por todo el Mediterráneo de forma casi instantánea. Así pues, la necesidad de adaptar esta «acción» revitalizadora a las exigencias del atraso histórico español forzaban en Ortega un compromiso poco nietzscheano, le acercaban a los postulados regeneracionistas (con todo, con sus naturales discrepancias con Costa) y le identificaban con el refinado mundo finisecular de la Institución.

El libro termina con dos trabajos que merece la pena destacar: «La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914» y «El imperio intelectual de Ortega». El primero de ellos corresponde a una versión renovada de dos trabajos de los años ochenta y el segundo a un artículo de 1993; así pues, aportaciones relativamente recientes que traducen la comprensión globalizante que V. Cacho tenía de la «historia intelectual». Tras analizar las bases ideales, los modelos y los presupuestos sociológicos que identifican la trayectoria de Ortega y Gasset hasta los años de la Dictadura de Primo de Rivera, el autor se detiene finalmente en el entramado institucional y empresarial que debía permitir su proyección pública real.

No quisiera terminar sin hacer hincapié en uno de los temas que subyacen de forma recurrente a lo largo de este libro, incluso en alguno de los textos introductorios de homenaje. Me refiero a la reflexión, más o menos explícita, sobre la proyección sobre nuestro presente y próximo futuro del papel a jugar por los intelectuales en España. Visto de una forma lineal, a este intelectual no puede seguir doliéndole el atraso español puesto que el país ha rea-

lizado progresos evidentes y ha estructurado un sistema político de raíz liberal-democrática que parece razonablemente consolidado y con un grado de institucionalización suficiente como para permitir desarrollar a este intelectual su particular (o colectivo) compromiso cívico.

Es lo que podríamos denominar como el natural perfil público de los intelectuales en España, adaptado a unas circunstancias actuales, al tiempo que heredero de unas tradiciones particulares, de unas grandezas y de sus correspondientes miserias. Sorprende, cuando menos, que pueda seguir siendo tema de central preocupación el de la vertebración de España, si no es que, la de esta articulación territorial, como la de la naturaleza del poder, son reflexiones, nunca cerradas, que seguirán preocupando a todo aquel que practique el saludable vicio de pensar.

El interesante libro póstumo de Vicente Cacho, en definitiva, también incita a esta reflexión presentista sobre los intelectuales y el poder, y brinda materiales suficientes, tanto para los que acostumbran a ver la botella medio llena como a los que la consideran medio vacía. Pero, en cualquier caso, lo que sí deja perfectamente claro, en relación con el perfil público de Ortega y Gasset, es hasta qué punto ha cambiado en nuestros días el papel del intelectual en las sociedades occidentales.

Jordi CASASSAS YMBERT

FUSI, Juan Pablo: *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, 309 pp.

Juan Pablo Fusi (San Sebastian, 1945) es, desde hace tiempo, una autoridad destacada en el estudio del fenómeno nacionalista, con especial referencia a los casos vasco y español. A la circunstancia geográfica de su nacimiento hay que añadir un prolongado contacto con el nacionalismo vasco, también como catedrático de la Universidad del País Vasco, que se tradujo en una prolongada dedicación al estudio de esa expresión del sentimiento nacionalista. Fruto especialmente significativo de esa dedicación sería su participación como ponente, en abril de 1987, en el Congreso de Historia de Euskal Herria, dentro del II Congreso Mundial Vasco, con un largo texto titulado «Política y nacionalidad» que significaba una toma de postura no especialmente complaciente con el ámbito en el que tuvo que ser leída. Antes de esa fecha, Fusi había dedicado ya atención al fenómeno del nacionalismo durante la segunda República española, aparte de publicar, en 1984, un volumen (*El País vasco. Pluralismo y nacionalidad*) en el que recogía diversos

artículos y conferencias que analizaban la historia del País Vasco a partir de 1876. Allí perfilaba la interpretación de que para comprender el fenómeno nacionalista no era necesario retroceder excesivamente en el tiempo, sino que bastaba con atender al proceso de modernización que se desarrolló en ese escenario a partir del desenlace de la tercera guerra carlista y el tránsito desde una comunidad rural a una sociedad moderna, en la que una de sus características más destacadas es la de la pluralidad social. También es de por aquellos años otro volumen de colaboración (*Política, nacionalidad e Iglesia en el País Vasco*, 1988) en el que se analizaban las relaciones históricas entre religión y nacionalismo vasco.

Desde la década de los noventa del siglo recién concluido la atención de Fusi se ha dirigido también a los problemas de articulación del Estado, desde el periodo liberal y, más especialmente, al periodo correspondiente al primer tercio del siglo XX, el que desembocaría con las propuestas reformistas de la segunda República, ahogadas en el gran fracaso colectivo que supuso la guerra civil. Corresponde a ese periodo su aportación al homenaje colectivo tributado a Raymond Carr («Centre and Periphery, 1900-1936: National Integration and Regional Nationalisms reconsidered») y una amistosa —y casi imperceptible— polémica con un colega recogida en las páginas de *Historia social* (1990) que le servía para señalar que «la aparición del nacionalismo español fue el resultado de un largo proceso de asimilación e integración nacionales» que estaba ya muy avanzado a la altura de 1900.

Desde entonces, el pensamiento de Fusi se ha ido perfilando en el sentido de subrayar la diferencia entre el nacionalismo y un sentido de la nacionalidad que no puede ser tratado en el mismo plano y que, para el caso de España, está ya claramente detectado en los comienzos de la modernidad aunque, como el mismo Fusi señala en el prólogo del libro que ahora reseñamos, «tendría que pasar mucho tiempo, siglos» para que cristalizase el Estado unitario «y los sentimientos de nacionalidad modernos». En realidad, tanto el sentimiento nacionalista como la organización del Estado fueron fenómenos tardíos lo que ayuda a entender —y eso es también un elemento recurrente en las interpretaciones del profesor Fusi— el fuerte carácter localista de la vida española hasta comienzos del siglo XX, de lo que todavía se hacía eco Ortega en *La redención de las provincias*. No hubo, por tanto, hasta una fecha muy tardía un verdadero nacionalismo español y los nacionalismos periféricos, cuando se consolidaron, en el tránsito del siglo XIX al XX, no entrañaban la reacción contra ningún centralismo, ya que éste siempre fue muy débil. Y, en cualquier caso, nunca existió un nacionalismo español que se basara en una exaltación del pueblo como comunidad étnica.

Desde estos planteamientos, Fusi ofrece ahora un libro de divulgación especialmente oportuno en unas circunstancias en las, aparte de hacerse más

exigentes las demandas nacionalistas, éstas se acompañan, muchas veces, de descalificaciones de la entidad nacional española, atribuida a un esencialismo nacionalista español e, incluso, a veces, castellano.

El texto de Fusi, cuya factura literaria podría haber sido en ocasiones más cuidada, no pretende ser un trabajo de investigación original, aunque se apoya en la investigación y en la reflexión que se ha aludido más arriba. El autor, como nos advierte desde el principio, quiere ofrecer «una visión no esencialista de la formación de España como nación, y una visión no nacionalista del problema de las nacionalidades y los nacionalismos en España». Y eso le lleva a un largo recorrido histórico que le conduce desde finales del siglo XV hasta la actualidad. El punto de partida, en todo caso, sirve para establecer que ya desde finales de la Edad Media la entidad nacional española había quedado nítidamente establecida pero que fue a partir de entonces, en el proceso de articulación del Estado moderno, cuando empezó a cobrar fuerza el problema de los sentimientos nacionales, tan decisivo en nuestra situación actual.

Partiendo de las reservas que le merecen a Fusi la idea de una identidad nacional, que obraría también como principio de excepcionalidad, la experiencia de la Monarquía de los Austrias, o el nuevo Estado que trae la casa de Borbón, serían episodios que contribuyeron, a su manera a la articulación de ese Estado moderno, aunque no sería hasta el siglo XIX, con el triunfo del Estado liberal, cuando se pusiera de manifiesto la fragilidad del componente nacional que lo sustentaba. Esa misma debilidad, ayudaría a entender que, en los años finales del siglo XIX se hiciera especialmente acusada la conciencia regional y, cuando ésta se demostró imposible de articular en el plano político, de unos nacionalismos que fueron, en palabras del autor «la cristalización de una conciencia colectiva» que interpretaba «la personalidad regional como constitutiva de una nacionalidad propia y distinta». Estos nacionalismos tuvieron una presencia destacada en el panorama político pero no encontraron una formulación adecuada hasta que la segunda República brindó un apoyo constitucional a esa nueva forma de organización del Estado.

La fórmula quedaría abortada tras el desenlace de la guerra civil, pero fué asumida después de la muerte de Franco con un alto grado de consenso político. La mano experta de Fusi nos conduce con eficacia durante el amplísimo periodo abordado hasta llevarnos a nuestros días y ayudarnos a profundizar un problema que es, probablemente, el más acuciante para la sociedad española en los comienzos del tercer milenio.

Octavio RUIZ-MANJÓN

ALTED VIGIL, Alicia; NICOLÁS MARÍN, Encarna y GONZÁLEZ MARTORELL, Roger: *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999, 361 pp.

NICOLÁS MARÍN, Encarna y ALTED VIGIL, Alicia: *Disidencias en el franquismo (1939-1975)*, Murcia, Diego Marín Librero-Editor, 1999, 176 pp.

Agrupo aquí por su autoría —compartida por dos contemporaneístas españolas en un 80% del total—, más que por su temática (aunque no falten intenciones similares en ambas obras que voy a comentar), dos interesantes trabajos sobre historia reciente española, entendiéndolo por tal el período que se abre desde la guerra civil hasta ahora mismo.

Comenzando por el primero de esos dos trabajos, hay que advertir que un ámbito sectorial que puede llamarse «historia de la infancia», en España, no ha hecho más que empezar. Cultivada con especial esmero la historia del trabajo infantil, tal y como hace por ejemplo José María Borrás¹, permanecían casi del todo inéditas, desde la perspectiva extensa del análisis histórico, otras vías de exploración, como puede ser ésta de la incidencia de la guerra civil sobre la infancia, en especial la que se vio forzada al exilio.

Éste es precisamente el objeto que se aborda en uno de estos dos libros que aquí agrupo, *Los niños de la guerra de España*, resultado conjunto de una laboriosa indagación tripartita en archivos y fondos documentales rusos y españoles, destacando en estos últimos por su interés —al menos a mi modo de ver— las correspondencias interceptadas por la policía franquista. Desde el punto de vista de las fuentes, hay que anotar también el papel central concedido a los testimonios orales (recogidos por los tres autores de este trabajo tanto en España y Rusia como en Cuba), y que resultan decisivos para aportar datos sobre el destino y la experiencia personal de unos 3.000 niños españoles que se vieron transportados a la Unión Soviética entre 1937 y 1938².

El impulso conjunto de la Dirección General de Ordenación de las Migraciones y de la Fundación Largo Caballero, en España, ha fomentado esta

¹ Borrás Llop, J. M. (dir.) (1996): *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Y, también, «Antes de nacer sabíamos trabajar. Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX», *Historia agraria* 20, abril 2000, pp. 169-194.

² Existe un precedente que no cubre más que ciertos aspectos de los que aquí se tocan: Zafra, Enrique; Crego, Rosalía y Heredia, Carmen: *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1989.

investigación, dotada de un importante énfasis político y social, y en la que dos autoras españolas de fértil colaboración científica —sobre el franquismo y sobre sus efectos—, las historiadoras murciana y madrileña Encarna Nicolás y Alicia Alted, han contado con la eficaz colaboración del cubano Roger González. De momento —puesto que la investigación se propone continuar aún— se presenta en el libro titulado *Los niños de la guerra* una parte notable de los resultados de tal investigación conjunta hasta la fecha, una indagación que aunque pondera el análisis cualitativo tampoco elude la cuantificación. Son particularmente emocionantes junto a la —aquí riquísima— fuente oral, como ya he dicho antes, las cartas enviadas por los niños desde la URSS a casa, cartas que —en la importante muestra utilizada— nunca llegaron a poder de sus padres y que acaso fueron utilizadas en contra de éstos, como puede seguirse en algún caso, haciendo de conducto por las hondas cloacas de la depuración y represión.

Fueron las organizaciones políticas y sindicales las que tomaron en la primavera de 1937 la decisión de poner en marcha la evacuación de menores. Y organizaron ésta con la colaboración de los gobiernos autónomos vasco y catalán, además del gobierno central de la República. En aquellos momentos la ayuda soviética se mantenía estable, en tanto que la legión Cóndor se aplicaba a bombardear el norte. Muchos republicanos y antifranquistas, en su mayoría obreros, mineros y empleados del ferrocarril, quisieron que a sus hijos menores no les tocaran la guerra y sus horrores, eligiendo alejarlos de su lado quizá a la espera de la revolución o sólo el cese de los bombardeos.

No todos aquellos niños procedían del norte, aunque su número fue importante sin duda; en el primero de los barcos fletados viajaban niños de Madrid y Levante, en particular. Todos sintieron pena y desamparo en la travesía, según confiesan, y muchos lloraron todavía tiempo después. Todos, también, recordarían ya para siempre esa fuerte experiencia, y leyéndola y recreándola a la luz del tiempo transcurrido y de las peripecias de vidas singulares, los recuerdos demuestran una fuerza y vivacidad extraordinarias. Los vivísimos testimonios orales y las emocionantes correspondencias, aquí presentes en gran proporción, aportan en efecto datos de una viveza plástica de gran inmediatez y confieren a este estudio una importancia psicológica y humana, además de su dimensión historiográfica, indudable.

Unos tres mil niños españoles, en concreto, hubieron de vivir en Rusia repartidos en «casas infantiles», residencias magníficas para la época y para su costumbre y procedencia, ubicadas en edificios nobles que fueron rehabilitados al efecto. Lugares todos ellos donde la disciplina y la emulación socialista se emplearon entusiástica y eficazmente, al decir de quienes las experimentaron, desplegadas con énfasis para hacer de los pequeños españoles, acogidos como invitados de honor, perfectos socialistas del mañana. Al

menos fue ésta la situación que evocan sus recuerdos hasta que la Segunda Guerra Mundial trastocó aquellos planes políticos de atención especial y obligó a tan inusuales huéspedes de la compleja Unión Soviética a huir de nuevo, esta vez sobre todo de los temidos alemanes, pero también del frío —un frío de intensidad desconocida— y, en general, de unas condiciones de vida que comenzaban a hacerse insoportables.

Algunos de entre ellos, los más mayores, combatieron entonces en la defensa de su país de acogida, su nueva patria (al menos temporal), muriendo acaso en el campo de batalla o recibiendo después honores militares nunca escamoteados. Otros lograron —especialmente si habían contraído matrimonio dentro del grupo mismo de exiliados españoles— volver después a España, donde iban a encontrar una *patria* fuertemente *distinta* de la que habían pensado y contruido, contexto seguramente idealizado en sus recuerdos, imagen fija en su repertorio de vivencias y recuerdos que, como niños y adolescentes, se vieron de repente bruscamente desprovistos de lo más esencial. Así, la *madre*, tantas veces invocada en los testimonios, es desde luego la madre biológica, pero su imagen cobra indudables tintes de valor político en más de una ocasión.

Muchos de esos inmigrantes al país del socialismo real no consiguieron volver a sus casas, retenidos a veces por un PCE aún fuerte, que los convertiría en «reserva» para aquella *otra* España socialista en cuyo advenimiento confiaba. Unos cuantos, con todo, emprenderían antes o después la vuelta a casa, pero lo hicieron a un país del que nada o muy poco sabían realmente y al que, en algún caso, se decidieron de nuevo a abandonar.

Hubo quien se trasladó a Cuba a partir de mediados de 1961, para ayudar a la revolución, que apenas tenía cuadros y que además necesitaba traductores del ruso. Y porque, como declaraba una entrevistada, Rosa Carrasco, «nos recordaba la guerra civil española, nos recordaba a España» (p. 221). La solidaridad —reforzada en La Habana— entre los antiguos habitantes de las Casas de Niños soviéticas, las ideas políticas de nuevo actualizadas, la cohesión que proporcionaba el idioma, todo ello iría convergiendo en convencer a muchos de aquellos *niños* (que ya no eran) de que era mejor contribuir en Cuba al alumbramiento de una sociedad nueva que intentar, otra vez, volver a España: «Los que crecimos en Rusia —relataba otra mujer, Libertad Fernández, en 1998— ya no somos iguales que los que crecieron en España» (p. 231).

Sin embargo, a España han vuelto en total unos 200 de aquellos 3.000 niños. Hoy obviamente ya no son jóvenes no siquiera maduros, y los últimos en llegar no han logrado más acomodo que el que, más que modesto —aunque a un precio muy bajo—, se les dio oficialmente entre 1992 y 1995. Muchos se sienten fuera del ámbito profesional y cultural al que se acostum-

braron en la Unión Soviética, desplazados de un contexto (duro en sus condiciones, pero provisto de reconocimiento socioprofesional) al que amoldaron su existencia anterior, y sin encontrar nada que llene ese vacío, en la vida diaria que llevan aquí. Y, afrontando continuas dificultades y resistencias burocráticas, sienten que ese país que perdieron un día, al embarcar en guerra, se ha convertido para la mayoría en un obstáculo. Contra lo que la mayoría esperaba al volver, esa España que por fin ahora tienen resulta ser, como puede escucharse en un testimonio..., «una pared» (p. 241).

Por su parte, el segundo de los libros reseñados, *Disidencias en el franquismo (1939-1975)*, es un libro de tipo diferente, aunque también decididamente inspirado por un aliento ético muy fuerte y una apuesta notoria por la reivindicación de los silencios.

Se trata de una lectura crítica de la historiografía existente sobre el franquismo y la oposición, con la dialéctica política entre *exilio* e *interior* como clave explicativa de muchas de las aportaciones empíricas hechas (antes o aquí) por las dos autoras que lo suscriben —E. Nicolás y A. Alted— y, al mismo tiempo, como telón de fondo que exhibe la elección de autores revisados y el juicio que, respectivamente, les merecen sus interpretaciones a las autoras de esta revisión.

Una idea importante, que sirve de motor a la escritura, se avanza ya desde la introducción del texto, en la línea hoy llamada de *memoria e historia*: la idea de que «durante la transición se modificaron muchas de las actitudes disidentes en el franquismo al servicio de una coyuntura política sin sobresaltos» (p. 9) Otra idea relevante aparece citada al principio del importante apéndice de entrevistas que (desde la p. 107 en adelante) incorpora el volumen: la del valor de los testimonios personales para escribir la historia de la disidencia y la oposición.

Encarna Nicolás y Alicia Alted son dos autoras bien conocidas por sus propios estudios del periodo y por su dominio de los aspectos genéricos que aquí se abordan. Son voces, por lo tanto, del todo autorizadas para emprender este tipo de estudios de síntesis y valoración crítica como el que contiene este libro. Estudios que aún no son demasiado frecuentes por lo general entre nosotros, aunque vaya delimitándose cada vez más la sensibilidad historiográfica y las necesidades colectivas que los producen y les dan acogida³. Han contado además, para este libro, con colaboraciones especiales de María Fernanda Mancebo (para la protesta estudiantil), Benito Bermejo (para la censura) y Charo Alonso, en diversas tareas de la elaboración del texto.

³ Últimamente, Moradiellos, Enrique: *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, vol. 33 de la *Historia de España 3er. milenio*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 209-262 («Estado de la cuestión»).

Resulta de todo ello un trabajo compacto y bien trabado, que pone a punto muchas cuestiones clave en este ámbito extenso y que centra otras, independientemente de cuál sea su mayor o menor consideración en la bibliografía reciente. Así por ejemplo, proponen las autoras utilizar el concepto de *disidencias* (como reza ya el título mismo de la obra) en lugar del de *oposición*, tan reiterado en la historiografía. Y detrás de tal uso aparecen reflejas dos ideas importantes, que gobiernan el resto de las piezas insertas.

La primera, que la no aceptación del franquismo, fragmentaria y dispersa como fue su victoria, tiene que ver en sus límites y contornos inmediatos con el miedo, la extrema pobreza y el agotamiento que caracterizaron durante un largo tiempo a la España de Franco, como ya ha sido puesto de relieve. Aunque puede añadirse que, en cualquier caso, la explotación en curso de fuentes orales, por Encarna Nicolás y Alicia Alted, arroja novedades y matices que ayudan a perfilar las interpretaciones más primarias. Y la segunda idea —no menos importante, a mi modo de ver, por su intrínseco tipo metodológico—, la insistencia en mostrar que «el privilegiado lugar que ocupa en los análisis sobre el franquismo el aspecto jurídico-político ha contribuido a una distorsión en la narración del proceso histórico, al destacar exclusivamente la confluencia de todas las fuerzas hacia el derrocamiento de la dictadura». Sucede sin embargo, a juicio de las autoras, que «los conflictos estudiantiles, obreros o ciudadanos no se diluyeron con la muerte de la dictadura», sino que «continuaron con formas políticas democráticas e hicieron aconsejable la redefinición del sentido de los conflictos». No obstante —apuntan Encarna Nicolás y Alicia Alted— ésa es una «tarea que requiere investigaciones más concretas que esta síntesis general» (pp. 104-105).

Dejando así abiertas nuevas incógnitas y revisando tópicos, las autoras intentan una tipología y periodización de la disidencia en el franquismo (y contra él) de logros muy estimables y de indudable utilidad, en la docencia y en la investigación.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, María Dolores: *Cuba, la Isla de los ensayos. Cultura y sociedad (1790-1815)*, Madrid, CSIC, 1999, 259 pp.

Hasta el momento es éste el mejor ensayo sobre la capitánía general en Cuba del ilustrado Luis de las Casas. En él se recogen buena parte de las anteriores interpretaciones sobre historia económica, social y cultural de Cuba en un periodo de transición y crecimiento extensamente reconocido

como excepcional. Se trata de la cada día mejor conocida época del comercio creciente y la cultura europeizante, la era del *iluminismo* en palabras del antropólogo Fernando Ortiz, si bien se aportan aquí una serie de perspectivas nuevas, ligadas a la historia de la ciencia y, en especial, de la tecnología.

El azúcar es, cómo no, el centro orgánico de un trabajo historiográfico original, el de M. Dolores González-Ripoll, que vuelve una vez más sobre la Sociedad Económica de La Habana o sobre el Consulado, sobre el *Papel Periódico* o sobre la Beneficiencia como instituciones principales de una potente creación económica y cultural a la vez, y que lo hace con soltura en la forma y un conveniente afán unificador en el fondo. En un periodo repleto de figuras de interés para la cultura cubana, mantiene sin embargo Arango y Parreño, hacendado y político de ideas liberales, uno de los papeles más activos en la formulación de un proyecto modernizador que revistió una gran importancia y proyectó su alcance durante un cuarto de siglo. Fue aquel una especie de reto a la metrópoli cuya indudable trascendencia posterior sólo vino a empañar el cruce de tensiones y retrocesos que, en la Península, impidió prolongar por más tiempo la armonía de intereses mutuos que despertó en América el reformismo colonial, el mismo crecimiento que a la postre permitió ver subir la ansiedad imparable de los nacionalismos.

En estrecha relación con el azúcar se habrá de desplegar en Cuba el abanico de innovaciones tecnológicas en la agricultura, es claro que Francisco de Arango, autor de un relevante *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla* (1792), puso en ese despliegue un interés central, muy ceñido y atento a los modelos europeos, preocupado por ellos y por su adaptación a las especiales condiciones y circunstancias propias de la Isla. La esclavitud, lejos de desmoronarse con tanta ida y venida de experimentación agraria como en torno al azúcar floreció, siguió creciendo en tanto y rindiendo beneficios altísimos. En ese medio, de euforia y de riqueza, crecerían las ciencias, su uso y su cultivo aplicado en la *perla antillana*, como parte integrante de un auténtico esfuerzo de los hacendados criollos y su entorno por cubrir las carencias culturales, los fallos indudables de un sistema de educación que España controlaba y que, generalmente, estimaba adecuado a su función como metrópoli. A hilvanar unos con otros estos aspectos, técnicos y científicos, la autora de este libro —reconocida especialista en temas antillanos y hasta aquí miembro de equipos mixtos de investigación en el CSIC, con Miguel A. Puig-Samper y Consuelo Naranjo— dedica una parte importante de su investigación, ofreciendo un estudio que, a la vez que resulta de cómoda lectura, repara con acierto en los más novedosos elementos que ha ido proporcionando esa fructífera colaboración entre las historiografías cubana y

española en los últimos años, de que la propia González-Ripoll es una buena muestra.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (ed.): *Portugal y España contemporáneos*. Madrid, Revista *Ayer* n.º 37, Marcial Pons, 2000. 319 pp.

Ya hemos insistido en varias ocasiones en *Política Exterior* lo difícil que es explicar racionalmente el mútuo desconocimiento entre portugueses y españoles/españoles y portugueses. Poco a poco se va superando esa situación a través de encuentros políticos bilaterales, intercambio de estudiantes y profesores, reuniones académicas y traducciones de obras escritas en la lengua «del otro».

Una de las personas que desde hace ya muchos años lleva intentado superar ese distanciamiento es el profesor Hipólito de la Torre, recientemente galardonado por el Gobierno portugués por este continuado trabajo. A Hipólito de la Torre le podemos calificar sin escrúpulos como un «portuguesista» convencido desde la publicación en 1983 de su obra en español *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919*. A través de varios libros, un gran número de artículos en portugués y español y la organización de encuentros científicos en Mérida y Zamora, ha sabido crear el ambiente propicio para que muchos historiadores nos sintamos motivados a conocer mejor la Historia de Portugal, con muchos rasgos comunes con nuestra dilatada historia, e incluso a escribir sobre nuestro vecino peninsular.

Continuación de esta trayectoria es el número monográfico que coordina sobre *Portugal y España contemporáneos*, que publica *Ayer*, portavoz científico de la Asociación de Historia Contemporánea, que hoy agrupa a casi 500 profesores y estudiantes contemporaneístas españoles, a través de la editorial Marcial Pons.

A lo largo de las más de trescientas páginas, la publicación queda dividida en dos partes. En la primera de ellas —«Los tiempos»—, se realiza un recorrido histórico y comparado de la historia de ambos estados a través de los brillantes trabajos de cinco historiadores. Miriam Halpern Pereira, estudia el periodo 1807-1842; M.ª Manuela Tavares, los años 1834-1898; el propio Hipólito de la Torre se ocupa de la etapa comprendida entre los años noventa y 1939; Manuel Loff estudia comparadamente los regímenes autoritarios y Josep Sánchez Cervelló estudia las transiciones democráticas.

El segundo bloque, que lleva por título «Los problemas», se abordan cuatro cuestiones que han provocado amplios debates en ambas historiografías.

Los problemas y ritmos de la modernización peninsular (Eloy Fernández); la cuestión Estado/Nación en Portugal (Luís Reis) y España (Antonio Morales); las relaciones bilaterales (Juan Carlos Jiménez) y la integración portuguesa en la Comunidad Europea (António José Telo).

¿Qué conclusiones se pueden extraer de este estudio comparado? De forma general el paralelismo de los desarrollos históricos peninsulares con algunas peculiaridades «nacionales» que sobresalen: diferentes niveles de conflictividad interna, los papeles de las monarquías divergentes, la propia evolución de los Imperios y las desiguales vías para acceder a la democracia tras las largas etapas dictatoriales —golpe y revolución en Portugal; ruptura pactada en España—. Se destaca también en el conjunto de los trabajos el componente prioritariamente político de las relaciones peninsulares frente al social —ambos pueblos han estado y en parte siguen «de espaldas»— y económico —recientemente alterado por las fuertes inversiones españolas que han provocado bastantes recelos en la sociedad portuguesa—.

No deja, sin embargo, de ser más discutible la afirmación que el propio De la Torre hace en la página 21: «La caída del Estado antiguo, la pérdida de los imperios, el descalabro económico y financiero, la ruina en suma de sus potencialidades —aún muy importantes en el siglo XVIII— y la entrada, en fin, en un ciclo de innegable decadencia, no ha obedecido a causas internas, sino de naturaleza internacional». Sin negar gran parte de las ideas que a continuación expresa y, desde luego, apostando claramente por la teoría del *linkage* en el análisis de las políticas exteriores, bien es verdad que muchas decisiones, objetivos, frustraciones y fracasos en la política exterior española se deben exclusivamente a razones internas. Desde la falta de medios hasta el desinterés por los asuntos internacionales, desde la persistencia del conflicto interior a la pasividad internacional, son algunas de las razones que explican la decadencia, la crisis, el aislamiento o el «recogimiento» español. Quizá en el caso portugués, dada su posición geoestratégica y su status la impulsó a preocuparse más por el exterior, a integrarse más en Europa y en el mundo y a proyectarse en la sociedad internacional con el firme apoyo de Gran Bretaña.

Como balance final se destaca por la bibliografía reseñada y la lectura de los trabajos una mayor preocupación española por Portugal que viceversa; un mayor interés por el siglo XX y un progresivo relegamiento de siglo pasado en cualquiera de los ámbitos de interés común; la existencia ya de una buena nómina de trabajos sobre las relaciones político-diplomáticas peninsulares y el incremento de investigaciones y reflexiones que conducen inexorablemente a comparar la historia y la evolución de ambas sociedades.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

ANDRÉS-GALLEGO, José (Comp.): *Tratados Internacionales de España, 1598-1700 y Tratados Internacionales de España 1700-1902*, 2 CDroms, Madrid, Mapfre Mutualidad-Fundación Histórica Tavera, 2000.

Las nuevas tecnologías aplicadas al campo de las Humanidades está adquiriendo un gran desarrollo en los últimos años. Basta recordar el proceso de digitalización de los documentos más importantes del Archivo de Indias en Sevilla o la edición digital de las Obras Completas de Marcelino Menéndez Pelayo, compuesta por más de 3.000 registros.

La Fundación Histórica Tavera auspiciada por Mapfre, está impulsando de una forma muy relevante las publicaciones electrónicas relacionadas con la historia de España, Portugal e Iberoamérica.

Diez son las series en las que se agrupan hasta el momento esas publicaciones: Iberoamérica en la Historia, Temáticas para la Historia de Iberoamérica, Historia de España, Historia de España en sus Regiones históricas, Temáticas para la Historia de España, Historia y Lingüística Portuguesa, Lingüística y Antecedentes Literarios de la Península Ibérica, Fuentes Lingüísticas Indígenas y Ciudades Representativas del Mundo Ibérico. Junto a ellas publican obras de referencias, recopilaciones bibliográficas y publicaciones periódicas.

Estas iniciativas muy loables para la preservación de una documentación histórica, pero también para ofrecer a los investigadores del mundo un conjunto de recursos electrónicos para la investigación, se acaba de completar con la publicación de dos Cdroms sobre los Tratados Internacionales de España desde 1598 a 1902.

Es sabido ya que nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores es uno de los escasos en toda Europa que no cuenta con una Colección de Documentos Diplomáticos actualizada, ni ha mostrado nunca un interés en impulsarla, siendo España uno de los estados más antiguos del mundo y ocupando un papel tan relevante en la sociedad internacional cuando menos desde finales del siglo XV. Esta despreocupación oficial actual es tan llamativa como incomprensible, y tiene que ser suplida, afortunadamente, y a diferencia de los estados de nuestro entorno, por la iniciativa privada.

No ocurrió así con el llamado hasta 1938 Ministerio de Estado y mucho más lejos aún con la Primera Secretaría de Estado. Ambas impulsaron desde el siglo XVIII las Colecciones Oficiales de Tratados, pues, como escribió Noradunghian en el prefacio de su obra *Recueil d'actes internationaux de l'Empire Ottoman*, «Una Colección de Tratados es por sí misma una filosofía de la historia, porque cada uno de ellos, o resume las conclusiones políticas de una época, o caracteriza las relaciones de los pueblos entre sí, o marca el punto de partida de una fase nueva en estas relaciones. Al mismo tiempo

que son el esqueleto de la Historia, sirven de base a la diplomacia así como al Derecho Internacional. Por tanto, su estudio, bajo la sequedad aparente, es del más alto interés y de una utilidad múltiple e incuestionable».

Estas palabras no parecen haber tenido una gran relevancia en nuestros ministros y en el personal diplomático. No así en el siglo XVIII donde se publicó la primera Colección Oficial de Tratados elaborada por José Antonio de Abreu y Bertodano bajo el título de *Colección de tratados de paz... hechos por los pueblos, reyes y príncipes de España.. hasta el feliz reinado del rey N. S. D. Felipe V...*, continuado hasta el reinado de Carlos II. Abarca, pues, el periodo de 1598 a 1700. Este es también el primer CDrom que nos ofrece la Fundación Tavera.

Tras diversas vicisitudes se publicará el trabajo *Colección de los tratados de paz, alianza, comercio... ajustados por la corona de España con las potencias extranjeras desde el reinado del señor don Felipe quinto hasta el presente*, que en 3 volúmenes recopiló los tratados entre 1796 y 1801. En 1843 le fue encargado a Alejandro del Cantillo una nueva recopilación que abarca desde 1700 a 1841. Sin un apoyo oficial Florencio Janer publicó *Tratados de España: documentos internacionales del reinado de Doña Isabel II desde 1842 a 1868*, que vino a continuar el amplio trabajo de Cantillo. Este impulso fue continuado por Ramón Dalmau y Olivart, marqués de Olivart, el cual publicó con apoyo ministerial su *Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros gobiernos con los estados extranjeros desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días (1834-1902)*. En 1910, ¡sí en 1910!, se terminan las publicaciones oficiales. De todo este periodo y de todas estas colecciones se ocupan el segundo CDrom que comentamos en estas páginas.

Bienvenida sea esta doble recopilación de la mano del profesor José Andrés-Gallego. Gracias a ella los investigadores, internacionalistas e incluso los mismos funcionarios del Ministerio podremos conocer la historia de nuestra política exterior y, como decía Noradunghian, demostrar la utilidad «múltiple e incuestionable» de los Tratados Internacionales para defender bien los intereses nacionales y alcanzar los objetivos previstos.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

CARCEDO, D.: *Un español frente al Holocausto*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, 279 pp.

Si los diplomáticos españoles —a diferencia de sus colegas franceses o británicos, entre otros—, son poco dados a escribir sus memorias o sus impre-

siones a lo largo de su vida profesional, más extrañas son aún las obras escritas sobre esos mismos diplomáticos, miembros del Servicio Exterior español, que en muchos momentos han ocupado cargos privilegiados en instituciones internacionales o han vivido en primera persona acontecimientos trascendentales que han pasado ya a ocupar páginas de la Historia con mayúsculas.

Este es el caso de la obra a la que hacemos referencia. El periodista Diego Carcedo, viejo conocido de muchos de nosotros tanto por su apariciones en RTVE, como por su anterior trabajo *Fusiles y Claveles. La revolución del 25 de abril en Portugal*, se ocupa en este nuevo libro de un personaje singular: Ángel Sanz Briz, Diplomático de carrera, quedó como encargado de negocios de la Legación de España en Budapest desde mediados de 1944, tras la marcha de su superior, hasta que obligado por el gobierno franquista debió abandonar Hungría cuando estaban a punto de entrar en la capital las tropas del Ejército Rojo a principios de 1945.

Nacido en 1910, accedió a la Carrera Diplomática en un momento complejo como fue el de la proclamación de la II República, formando parte así de la única promoción de diplomáticos que pudo culminar todo el proceso selectivo durante el periodo republicano. Tras varios destinos, llegó a Hungría en un momento histórico importante para este país, el III Reich alemán y la España franquista. ¿Por qué el interés por este diplomático español?: el mismo subtítulo del libro de Carcedo nos da la clave: «Así salvó Angel Sanz Briz a 5.000 judíos».

En efecto, la persecución, detención y desaparición de las familias judías en Budapest por parte de los nazis y sus aliados húngaros comenzó a ser objeto de atención, y de preocupación, por parte de Angel Sanz. A partir del Real Decreto de 20 de diciembre de 1924, por el que Primo de Rivera reconoció la nacionalidad española a los descendientes de los judíos expulsados por los Reyes Católicos en 1492, nuestro diplomático comenzó, junto con un eficaz equipo de húngaros, a proteger a los judíos húngaros que de cualquier forma pudieran justificar su ascendencia sefardí. Primero mediante la concesión de pasaportes y salvoconductos. Posteriormente, y a medida que aumentaban las detenciones y desapariciones, especialmente tras la expulsión del regente Horthy, alquilando u ocupando casas, que inmediatamente fueron protegidas con la bandera española, en donde se fueron acumulando un creciente número de judíos de todas las edades y condiciones sociales. Ese «espacio de seguridad vital» representaba un objetivo deseado por miles de judíos a los que ya casi ni se les pedía que justificaran su pasado sefardita. El resultado final es contundente: entre 5.000 y 6.000 judíos fueron salvados por Angel Sanz del Holocausto.

El periodista Diego Carcedo nos narra de forma brillante, novelada, pero con rigor histórico y con un lenguaje sencillo esta decidida y honrosa acción

diplomática que, oficialmente, no fue obstaculizada —por silencio administrativo— por el gobierno franquista. La labor de Angel Sanz fue difícil ante las autoridades nazis y los más represivos dirigente húngaros, pero su objetivo se consiguió, aunque no en el grado que realmente quiso.

Su labor, no obstante, le fue profundamente agradecida por las miles de familias, y sus herederos, que salvó de una muerte segura. El Parlamento de Israel le concedió el título de «Justo de la Humanidad», colocando su nombre en el Museo del Holocausto, junto con el de otros personajes como el alemán Schindler. El Gobierno húngaro le concedió a título póstumo en 1999 la medalla de oro de la «Magyar Köztársaság Tiszti Keresztje», equivalente a la española Orden del Mérito Civil. El Gobierno español emitió un sello de correos y el Ayuntamiento de Madrid puso una placa en la casa donde vivió.

Angel Sanz murió en 1980 en Roma, cuando estaba a punto de concluir su brillante carrera tras cuatro años como embajador ante la Santa Sede. Todavía hoy, y a pesar de este interesante trabajo, los historiadores no hemos sabido apreciar en su justa medida, ni estudiar de forma detallada, la labor de Angel Sanz Briz. Hora es ya de acometer esta tarea de un digno representante diplomático de España.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

NARANJO OROVIO, Consuelo y SERRANO, Carlos (eds.): *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, Madrid, CSIC/Casa de Velázquez, 1999, 391 pp.

En la Introducción al sugestivo libro: *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*; Carlos Serrano nos recuerda que «la historia —o la Historia— no es hija de una mera racionalidad en marcha serena hacia la realización de su propia plenitud; procede más bien por convulsiones y envites, provocados por la brusca adhesión de los hombres a unas imágenes en las que, en un momento dado, reconocen algo de sí mismos». Imágenes, momentos en la secuencia del tiempo histórico que, en el libro objeto de este comentario, *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, están nucleados en torno a la fecha de 1898. Un 98 que tiene que dejar de verse desde la óptica española como catalizador de la crisis finisecular, para centrarse en su «significado primero, básico» que atañe a las relaciones entre la que hasta entonces había sido metrópoli con sus antiguas colonias; como subrayan los editores Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano.

El libro es el resultado del Coloquio celebrado en septiembre de 1998 en Madrid, en la Casa de Velázquez y el Instituto de Historia del CSIC, entida-

des que patrocinaron su publicación. En el mismo se recogen veintitrés trabajos en los que se trata, en mayor o menor medida, de ahondar en primera instancia en los imaginarios que anidan en la memoria de un colectivo social y que constituyen el poso último de la representación de la realidad del mismo y de cada uno de sus miembros, en aras a definir su propia identidad. De esta manera, los términos imágenes e imaginarios del título no sólo constituyen los ejes articuladores del libro, sino que insertan el mismo en la fructífera corriente historiográfica de la «Nouvelle Histoire» que, ya desde finales de los años setenta, trataba de explorar la realidad desde otros parámetros más cercanos a la filosofía, psicología o antropología. Recordemos a modo de ejemplo los libros de Georges Duby: *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* (1978), Jacques Le Goff: *L'imaginaire medieval* (1985), Michel Vovelle: *Imagen e imaginario en la historia* (1989) o el conjunto de trabajos que Roger Chartier recoge en su libro: *El Mundo como Representación. Historia cultural: entre práctica y representación* (1992); sin olvidar títulos tan sugestivos como el de Alain Corbin: *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social. XVIIIe-XIXe siècles* (1982) que nos traslada ese mundo del imaginario a otro nivel, o el del antropólogo Gilbert Duran: *Les structures anthropologiques de l'imaginaire* (1984).

Siguiendo a Le Goff y a Chartier, la historia de las ideas, la historia de las mentalidades y la historia del imaginario se englobarían en lo que se ha llamado la historia de las representaciones; así, la imagen, el imaginario, constituirían un tercer nivel en la manera como un grupo social se construye y se piensa a sí mismo a partir de una determinada visión o captación de la realidad y en relación con los otros. En el caso del libro que nos ocupa, se trataría de ver como han funcionado los imaginarios de unas nuevas naciones como eran Cuba, Puerto Rico y Filipinas en torno a esa fecha de «ruptura» con la metrópoli, en la que cristalizó un acontecimiento que «cobra sus reales significaciones en su relación con los procesos lentos que más que *determinarlo* en el sentido estricto, parecen crear las condiciones de su posibilidad». En estos procesos intervienen factores políticos, económicos, militares..., pero, sobre todo, culturales, como señalan los editores en la Introducción.

Esta manera de ver y de verse en relación con los otros, implica la utilización de fuentes «no usuales» hasta ahora en la investigación histórica y obliga a una práctica interdisciplinaria. De esta forma, junto a historiadores sensu stricto, escriben en el libro otros procedentes de los ámbitos literario, artístico, científico... Por otra parte, el conjunto de los trabajos forman un todo bastante homogéneo en torno a una serie de temas que ahondan, desde diferentes perspectivas, en ese proceso de creación de unos imaginarios como elementos definidores de identidades nacionales colectivas. En este sentido,

una serie de trabajos se centran en la manera como se vivió y trató de explicar el «desastre» en España, explicaciones en las que se argumentaba con aseveraciones procedentes del mundo de la ciencia y en las que subyacía un deseo de redefinir una identidad nacional en crisis a partir de una comprensión del elemento «pueblo».

Otros, en contrapunto de perspectivas, se refieren a la manera como se vieron las nuevas naciones necesitadas de construir un sentimiento nacional propio, deslindado de la influencia de la antigua metrópoli y contrario a los deseos anexionistas y de absorción cultural de la gran potencia emergente como era Estados Unidos. En algunos trabajos se abordan las ambigüedades y contradicciones que se produjeron en las relaciones entre España y sus ex-colonias. En otros, la manera como los intelectuales buscaban en la historia de sus respectivos países unas señas para la construcción de un Estado nación, en contraste con la realidad de los mismos, cuerpos enfermos de atraso y pobreza. El caso del intelectual cubano Fernando Ortiz es especialmente paradigmático. Frente a una concepción de la nacionalidad a partir de su identificación con la «raza» blanca, Ortiz y otros intelectuales de la llamada por Juan Marinello «Década Crítica», reivindicaron la recuperación de las raíces «afrocubanas», igualmente claves en el proceso de formación de una nación, la cubana, integradora, ya que, junto a esa recuperación, no se desdeñaban aquellos elementos procedentes de otros países, y por ende de otras culturas, que arribaban al país en continuo e ininterumpido flujo.

La elaboración de una memoria histórica partiendo de aspectos comunes en los imaginarios de España y sus ex-colonias, constituyen el leit motiv de otro grupo de estudios recogidos en el libro. Por último, sendos trabajos inciden en el reencuentro de España y sus ex-colonias a lo largo del siglo XX, *libres del anterior dominio, y en la manera como estadounidenses dibujaron para sus compatriotas su visión de puertorriqueños y cubanos; imágenes que han llevado a Estados Unidos a una confrontación con su propia historia, a la par que le han obligado a «repensar» y «reformular» su experiencia de frontera.*

El libro se presentó el 30 de marzo de 2000 en la Casa de Velázquez. *Intervinieron en el acto los historiadores Juan Pablo Fusi, Elena Hernández Sandoica y Santos Juliá. De lo que allí se dijo nos interesa reseñar el apunte de Hernández Sandoica referido al término imaginario, no siempre utilizado en el libro en la acepción en la que lo define la historiografía francesa. Juan Pablo Fusi destacó las dos grandes conclusiones que se desprenden de la lectura del libro. En primer término, el hecho de que la derrota del 98 provocó en España una reflexión sobre aspectos esenciales de su identidad nacional con un talante pesimista. En cambio, y en segundo término, para Cuba, Puer-*

to Rico y Filipinas el 98 significó el origen de la definición de su identidad nacional. Finalmente Santos Juliá lanzó una idea que bien podría dar pie a un enriquecedor debate al señalar como el libro en cierto sentido constituye un reflejo de nuestra época, en la que hay una crisis de las identidades nacionales. Sin embargo, para las gentes del cambio de siglo —añadía— esas identidades tenían unos claros referentes como eran la idea de la raza o una lengua común. En el marco de esta argumentación se preguntaba a que nos referimos cuando utilizamos el término imaginario: a las representaciones de aquellos que vivieron hace un siglo o bien a las nuestras, porque ¿cómo deslindar unas de otras?

Como se ve, el libro encierra un sinnúmero de planteamientos y proposiciones que nos hacen repensar desde el ayer nuestra propia historia de hoy en día, a la par que abre brechas para nuevos enfoques del 98 en el ámbito de la llamada historia cultural o historia sociocultural, que no excluye la presencia del elemento político.

Alicia ALTED VIGIL

PARDO BAZÁN, Emilia: *La mujer española y otros escritos*. Edición crítica a cargo de Guadalupe Gómez-Ferrer. Colección *Feminismos*. Madrid, Cátedra, 1999. En colaboración con la Universitat de València y el Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales). 332 pp.

Este libro, editado a finales de 1999, resulta de gran valor a la hora de analizar no solo una parte de la obra de Pardo Bazán bastante desconocida —puesto que sus creaciones más difundidas son, evidentemente, sus novelas—, sino también su mentalidad claramente feminista.

Mujer de gran decisión y enorme cultura, introductora del naturalismo en nuestro país, conferenciante habitual en el Ateneo —en un mundo intelectual de hombres—, de verbo fácil y certero, con una creación literaria de amplio abanico —de la novela larga al cuento corto—, en la que refleja perfectamente el cambio que se produce en las corrientes culturales europeas, en la crisis de fin de siglo —especialmente en el ámbito latino—, puede también considerarse como una feminista beligerante si analizamos aquellos escritos en los que se refiere a la evidente desigualdad entre los hombres y las mujeres de su tiempo.

La edición crítica del libro que nos ocupa ha sido realizada por la profesora Gómez-Ferrer que demuestra un amplio conocimiento del tema, adquirido a través de una investigación sistemática y seria de la obra de Pardo Bazán, así como de aquellos datos relacionados con las coordenadas vitales

de la escritora —familia, grupo de pertenencia, educación, *status* social, amigos y enemigos, defensores o detractores de su obra— es decir, conocimiento de todo aquello que puede definir un determinado posicionamiento frente al mundo.

Doña Emilia es, por supuesto, un testigo de excepción de la sociedad en la que vive, que estudia con curiosidad y en la que busca todos aquellos datos que refleja en sus novelas, dándoles un valor excepcional como fuente para el conocimiento de las formas de vida y de las mentalidades más características del mundo de la Restauración. Pero, fuera del ámbito de la creación literaria, Pardo Bazán plantea, no ya en la ficción sino en escritos, cartas, críticas, artículos, conferencias, etc., los problemas que aquejan a esa sociedad en la época que la ha tocado vivir.

Es, precisamente, este tipo de escritos que muestran la opinión directa de la autora sobre determinadas cuestiones, especialmente la situación de la mujer española en la época de la Restauración y las relaciones de género existentes a lo largo del último tercio del siglo XIX y de los primeros años del XX, los que ha recogido Guadalupe Gómez-Ferrer en este libro.

El conjunto ha sido cuidadosamente seleccionado formando un compendio muy interesante, que prueba la postura claramente feminista de Pardo Bazán, anteriormente apuntada, al ver como siente la necesidad de defender en revistas, periódicos o incluso en cartas personales la igualdad del hombre y de la mujer. Esa defensa la obliga, incluso, a criticar obras de sus amigos más queridos. Así, podemos ver como tras unas cartas a Galdós, en las que expresa claramente todo el cariño que le profesa, no deja, en su momento, de criticar una obra como *Tristana* que considera poco acertada, al no darle su autor el valor adecuado al tema para Doña Emilia fundamental en la novela: *el despertar del entendimiento, la conciencia de una mujer sublevada contra una sociedad que la condena a perpetua infamia...*

Sería muy largo analizar aquí todos los escritos recogidos en el libro, digno cada uno de ellos de metódica glosa. No obstante, sí hay que insistir en el hecho de que esta recopilación viene a llenar un hueco en los estudios que se han realizado sobre Doña Emilia Pardo Bazán, especialmente en lo que se refiere a su desaprobación de la desigualdad entre hombre y mujer, propia de la época, y a su defensa de la capacidad femenina para ocupar las mismas esferas y desarrollar los mismos roles sociales que el varón.

La profesora Gómez-Ferrer, no solamente ha recogido, con gran sensibilidad, la opinión de la escritora a través de la selección realizada de los textos a publicar, sino que ha presentado la edición haciendo preceder dichos textos de una Introducción muy oportuna para llegar al fondo de la mentali-

dad de Doña Emilia. En esta introducción se pasa revista a la vida de la autora, a su educación, origen, *status*, opiniones, desarrollo de su pensamiento crítico..., constituyendo un conjunto de páginas —68— que no por necesariamente concisas, resultan menos interesantes.

El estudio realizado por Guadalupe Gómez-Ferrer, así como la bibliografía aportada, resultan de inestimable ayuda para todos aquellos que se acerquen a la obra de Pardo Bazán, y no solamente para los que estén interesados en el feminismo de la escritora —objetivo esencial de dicha introducción— sino, incluso, para los que quieran hacer una lectura provechosa de sus creaciones literarias, ya que la biografía del autor sitúa al lector que quiere profundizar en la obra y analizar el mensaje implícito en la misma, en las coordenadas adecuadas para captar esos detalles que hacen de la lectura un auténtico ejercicio de interacción.

Por todo lo que antecede, *La mujer española y otros escritos*, de Emilia PARDO BAZAN es un libro muy interesante, que descubre un aspecto del pensamiento de la autora poco conocido y que ha sido editado cuidadosamente y con gran acierto por Guadalupe Gómez-Ferrer, gran conocedora, como ya se ha mencionado anteriormente, de la obra de la insigne gallega.

María Alicia LANGA LAORGA

BAEZA SANJUÁN, Ramón: *Agregados laborales y acción exterior de la organización sindical española. Un conato de diplomacia paralela (1950-1962)* Madrid. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2000. 410 pp.

Si bien es frecuente encontrar en la bibliografía reciente numerosos estudios sobre el papel de actores no estatales en la sociedad internacional, es aún muy limitado el número de trabajos que abordan las políticas de presencia internacional activa de las organizaciones sindicales, más aún de aquellas surgidas en regímenes políticos de carácter fascista o autoritario, por sus claras connivencias con el poder y los problemas jurídicos para considerarlos como organizaciones ajenas al entramado institucional del Estado y, por supuesto, porque no han representado a un sindicalismo libre y su actividad internacional puede ser considerada, en líneas generales, como una prolongación de la política exterior del régimen o —como en el caso de la Organización Sindical Española (OSE) respecto al franquismo—, un instrumento a su servicio.

En este panorama dictado por la coincidencia en «lugares comunes», emerge el sugerente y sólido estudio de Ramón Baeza Sanjuán, historiador de

formación y cualificado miembro del Consejo Económico y Social de la Unión Europea, acerca de la dimensión internacional de la Organización Sindical Española entre 1950 y 1962.

Resultado de la investigación desarrollada en la preparación de su Tesis Doctoral y apoyada por un notable y equilibrado conjunto de fuentes primarias, el autor sostiene que la OSE desarrolló una actividad internacional nada desdeñable cuya relevancia se incrementó paulatinamente a lo largo del período de estudio. Para Baeza, tanto en su concepción como en su puesta en práctica, los sindicatos verticales actuaron con notable independencia en el ámbito internacional —llegando a desarrollar sus propios instrumentos—, respecto a otras estructuras del Estado con las que, además, protagonizó no pocos enfrentamientos, pero con las que compartía el objetivo común de la legitimación internacional del régimen y, sin embargo, mantuvo en todo momento una serie de objetivos específicos al servicio de los intereses particulares de los sectores del régimen que se hallaban al frente de la organización sindical. Como el mismo autor lo define: «un conato de diplomacia paralela».

El estudio de su estructura y organización interna, de los ámbitos prioritarios de actuación (administraciones de otros Estados, sindicatos, partidos políticos, organismos internacionales intergubernamentales, organizaciones internacionales no gubernamentales), el análisis del discurso internacional, la caracterización pormenorizada de los agregados laborales —principales agentes de la política de presencia internacional activa—, y sus funciones —ya sean de información y contacto con diferentes grupos y organismos, de apoyo a la emigración, de control y encuadramiento laboral e ideológico de empresarios y trabajadores—, así como el balance crítico de los resultados obtenidos son los ejes sobre los cuales el autor va desplegando su sugerente y precisa interpretación.

Estructurado el volumen en torno a las áreas geopolíticas que recibieron atención prioritaria por parte de la OSE —Latinoamérica, Marruecos, Estados Unidos y especialmente Europa Occidental—, se cierra, no obstante, con un capítulo acerca de las relaciones del verticalismo con las organizaciones internacionales de carácter económico y técnico, en especial con la Organización Internacional de Trabajo y con la Organización Europea de Cooperación Económica en el que se ponen de manifiesto los límites políticos de su acción.

En líneas generales, a lo largo del volumen se observa el interés del autor por el problema de la inadecuación manifiesta de los medios a los objetivos, en ocasiones contradictorios, que los mismos sindicatos verticales dicen perseguir. Ese deficiente diseño, en demasiadas ocasiones marcará una política reactiva y coyuntural, con una nula planificación a medio plazo y, sobre todo,

se encontrará lastrado por las contradicciones del dilema «aproximación-diferenciación» que caracterizaron la acción exterior del franquismo respecto a los sistemas políticos de Europa Occidental y que se manifestaron y agudizaron en la errática y deficiente ejecución de muchas de las acciones emprendidas.

Esa situación aproxima la OSE, desde nuestro punto de vista, a otros ejemplos de diplomacia paralela surgidos en el franquismo, lo que nos permite, en cierto modo, hablar de un modelo de políticas de presencia internacional activa de las familias del régimen en función de las áreas políticas que controlan. Políticas asimismo favorecidas por la progresiva complejidad de la vida internacional desde 1945, la ruptura del principio de unidad de acción exterior del Estado, la proliferación de actores y ámbitos de acción en la sociedad internacional y la evolución de la posición del franquismo en el contexto occidental y de los mudables equilibrios de poder dentro del régimen, lo que conduce a que tengan un papel más activo según los «tempos» y los problemas concretos a unas estructuras sobre otras.

El modelo se basaría, a nuestro juicio, en la existencia de instrumentos más o menos encuadrados dentro de la estructura del régimen, controlados por unos u otros sectores del franquismo lo que determinaría la defensa de intereses particulares —en general vínculos estables en el exterior— aunque de homólogos objetivos finales al servicio del régimen —legitimación internacional—; con unos ámbitos de actuación sectoriales y restringidos en aquellas instancias ideológico-políticas, culturales, socio-económicas o sindicales, donde no llegaba o no era deseable que llegase la diplomacia oficial; la nula o prácticamente nula coordinación entre ellos —de hecho, más bien compiten entre sí por hacerse un lugar en el medio internacional (en ocasiones como instrumento en las pugnas internas del franquismo) y es más frecuente la desconfianza que la colaboración—; y con unos resultados, en líneas generales, más bien discretos. Ejemplo de la situación descrita serían los diferentes y puntuales instrumentos desarrollados por el nacional-catolicismo a lo largo de los años cuarenta y cincuenta y los principales ámbitos de competencia con los sectores falangistas: Iberoamérica y el proceso de construcción europea.

En definitiva, el libro que aquí nos ocupa supone, por la originalidad del objeto de estudio, el inteligente tratamiento de los temas y el eficaz análisis desarrollado, un magnífico ejemplo de la evolución de la Historia de las Relaciones Internacionales en España que, de manera convincente, introduce la investigación en unas nuevas dimensiones.

Antonio MORENO JUSTE

HIDALGO DE PAZ, I.: *Cuba 1895-1898. Contradicciones y disoluciones*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1999, 361 pp.

El título de este libro pudiera parecer un nuevo acercamiento de la historiografía cubana al proceso de las guerras finales del siglo XIX en Cuba pero va mucho más lejos. Por un lado nos acerca al proceso de enfrentamientos, unidades y divisiones dentro de los dirigentes de la Revolución del 95, y por otro, este acercamiento se efectúa desde la consideración de ver cuáles eran los poderes dirigentes y representativos en que se estructuró esa Revolución, y como dentro de ellos se movieron intereses, tendencias, grupos y personas. No se trata tanto de resolver el problema de las tendencias y los grupos enfrentados dentro de la Revolución del 95 como de abrir nuevos caminos a la indagación y señalar las líneas fundamentales de los enfrentamientos entre el Consejo de Gobierno, la Delegación en el exterior y la jefatura del Ejército Libertador.

El libro analiza el papel que jugó Tomás Estrada Palma en el periodo 1895-1898, incidiendo en los procedimientos mediante los cuales llegó a convertirse en un elemento clave para la toma de decisiones finales que, en 1898, condujeron a la viabilización de la puesta en práctica de la política intervencionista yanqui, y la marginación del Gobierno, el cual debía considerarse el representante del pueblo insurrecto y del Ejército Libertador, e inclusive, el órgano al que el Delegado se hallaba teóricamente subordinado.

El autor intenta desentrañar los procedimientos mediante los cuales Estrada Palma fue obteniendo cada vez mayores atribuciones, hasta lograr una notable independencia tanto de la dirección civil como de la jefatura militar. Así mismo se analizan cómo fueron asimilados los cambios introducidos en las estructuras del Partido Revolucionario Cubano, y el ascenso dentro de éste de elementos ni tradicional ni activamente independentistas.

Para hacer más comprensible el proceso I. Hidalgo divide el periodo en cuatro capítulos, que responden a las etapas y características siguientes:

- 1.º) Desde el inicio de la Guerra de Independencia (24-febrero-1895) hasta el momento en que el cargo de Delegado del PRC, deja de ser elegible (1-abril-1896).
- 2.º) Desde que se decide la no elegibilidad del Delegado del Partido hasta la toma del acuerdo del Consejo de Gobierno para regular las atribuciones del Delegado Plenipotenciario (14-septiembre-1896).
- 3.º) Desde el establecimiento de las regulaciones anteriores hasta la derogación de dicho acuerdo (5-diciembre-1897).

- 4.º) Desde la restitución al Delegado Plenipotenciario de todas sus facultades hasta la disposición que dio por terminados los trabajos del Partido Revolucionario Cubano (20-diciembre-1898).

El libro no es una crítica de Estrada Palma. El autor no prejuzga al hombre por su conducta posterior sino que en él se reflejan los intereses, posiciones y personalidades que fueron transformando la Revolución del 95 hasta hacerla desembocar en algo que ninguno de sus iniciadores tenía pensado: la intervención norteamericana en la Isla.

Julia MORENO

PAZ-SÁNCHEZ, Manuel de: *Zona Rebelde, la diplomacia española ante la revolución cubana (1957-1960)*. Canarias, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1997.

Tal como refleja el título de esta obra, la temática seleccionada por el conocido investigador canario abarca el trienio de forja y consolidación del fenómeno socio-político más impactante de la segunda mitad del siglo XX americano, por ceñirlo a un Continente, «porque el drama del alumbramiento de la Revolución cubana es el drama de la Historia del mundo, es decir, de la Historia humana. Quizás su máximo logro haya sido despertar la ilusión entre los menos favorecidos del planeta y continuar pensando en ella, en lo que fue y en lo que pudo ser, desde la dura perspectiva diaria», como certeramente señala Paz-Sánchez en la introducción. Hoy, tras cuarenta años de la victoria de los «barbudos» de la Sierra Maestra liderados por Fidel Castro, la revolución de la isla caribeña continua siendo punto focal de toda clase de analistas, los cuales en su inmensa mayoría se concentran en dos grupos ciertamente definidos y contradictorios: los apologistas a ultranza del sistema, quienes parten de premisas teóricas para definir las «bondades» del socialismo criollo y, por definición, achacan el creciente deterioro moral y material de la Isla y sus pobladores casi exclusivamente al bloqueo de los Estados Unidos, diluyendo así por arte de magia la gran responsabilidad que tienen en ello sus dirigentes históricos; y los denostadores a ultranza, que parten de una ojeriza anticastrista y no de realidades vividas en épocas bien diferenciadas de la revolución (1959-2000), lo que les hace evaluar las cuatro décadas fidelistas como una obra autócrata de su principal líder y no como proceso, en el que las grandes mayorías en verdad dieron su apoyo, en un largo principio, a aquellos jóvenes que prometían instaurar una patria «con todos y por el bien de todos», tal y como deseaba José Martí. El pre-

sente cubano tiene poco que ver con su ayer entusiasta y solidario, pero hizo germinar su semilla. He ahí, por tanto, la importancia de este nuevo libro de Paz-Sánchez, que no cae en el maniqueísmo burdo de que todo es blanco o negro, sino que intenta exponer esa historia desde una perspectiva aséptica, sin caer en el uso de adjetivos edulcorantes ni descalificaciones absurdas. Esa es una de sus virtudes.

Para lograr tal fin el historiador utiliza sobre todo, fuentes primarias que, en su inmensa mayoría, se localizan en el archivo del Ministerio español de Asuntos Exteriores: despachos, cartas, colecciones de recortes de prensa, documentos internos, valiosas memorias e informes de los representantes de España en todo el mundo, pero con marcada trascendencia en los documentos enviados por el entonces embajador español en Cuba Juan Pablo de Lojendio e Irure, Marqués de Vellisca; material éste completado y contrastado—según el propio autor— con fuentes hemerográficas y bibliográficas «procedentes, en su mayor parte, de la Biblioteca Nacional (Madrid) y de la Biblioteca Nacional «José Martí» de La Habana, así como también con varios documentos y publicaciones de la Iglesia católica en Cuba».

Esperamos que esta obra comience a incrementar el estudio del papel de España en relación con la revolución, relegado al olvido como reconoce el propio autor en la introducción, que «ha impedido analizar en profundidad cuestiones de interés para nuestra historia de las relaciones internacionales (...), que comprenderían numerosos temas relevantes, entre los que la propia configuración de un detallado y, tal vez, desmitificador relato de los hechos no es, desde luego, el menos importante».

Julia MORENO

MARTÍNEZ MERCADER, Juana: *Las relaciones de España con Suiza en el siglo XIX*. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2000. 384 pp.

Hasta fecha reciente ha sido frecuente oír que los estudios sobre Historia de las Relaciones Internacionales y los estudios internacionales en general, han ocupado —debido a razones institucionales y académicas—, un lugar secundario dentro de la historiografía española, dominada en las últimas décadas por la historia económica y social.

Esta situación se justificaba, por otra parte, aludiendo al tradicional desinterés por los asuntos internacionales o amparándose en una cierta apatía entre los historiadores españoles hacia aquellos ámbitos de estudio que

trascendían los límites nacionales o locales, extensiva, incluso, a la historia comparada.

No obstante, a pesar de lo mucho que se ha avanzado en las últimas décadas, sobre todo a partir de las aportaciones fundamentales de José M.^a Jover —recientemente galardonado con el Premio Menéndez Pelayo— y de sus discípulos y continuadores, persisten importantes lagunas en el estudio de la política exterior española, en particular las referidas al siglo XIX con especial incidencia en el caso de las relaciones bilaterales con medianos y pequeños Estados, de escaso protagonismo y sin gran capacidad decisoria, y por ello, contemplados muy marginalmente cuando no prácticamente omitidos por los estudios de carácter general.

La monografía de la profesora Juana Martínez Mercader sobre las relaciones hispanosuizas entre 1833 y 1874, viene a paliar en cierto modo alguna de esas carencias. Desde un enfoque tradicional de la Historia de las Relaciones Internacionales complementado metodológicamente por una perspectiva comparada, la autora nos ofrece un documentado estudio de las conexiones diplomáticas y comerciales entre ambos países —plenamente consolidadas a partir de 1834—, durante el reinado de Isabel II y el Sexenio democrático en el que es preciso destacar la importancia concedida a Suiza por la diplomacia española como plataforma general de observación de la política europea en los años centrales del siglo XIX. No olvidemos que Suiza fue uno de los primeros países en reconocer el régimen liberal español de Isabel II, y con los Estados Unidos, el único en mantener a prueba del agitado período comprendido entre la muerte de Fernando VII y la Restauración, una legación abierta en España.

El hecho de que el presente libro forme parte de la investigación desarrollada para la realización de su Tesis Doctoral se manifiesta en la forma y el contenido del trabajo de una forma positiva. A partir del análisis de la correspondencia tramitada entre el Ministerio de Estado y las Legaciones en Berna y Frankfurt, así como la mantenida entre el Ministerio de Estado suizo y sus consulados de Madrid, Sevilla y Barcelona, Juana Martínez estudia el desarrollo de las peculiares relaciones político-diplomáticas y comerciales entre España y Suiza, dos potencias secundarias inmersas en un contexto internacional determinado por la búsqueda de un nuevo equilibrio continental diferente al surgido del Congreso de Viena y condicionadas por la amplitud de sus conflictos internos. En este esfuerzo, es necesario destacar el tratamiento concedido al papel de los agentes diplomáticos españoles.

Ese objetivo principal de la investigación se complementa en dos direcciones sin perder por ello la dimensión bilateral. De una parte, el estudio se abre al mundo de las representaciones entre ambos países, con especial

consideración de las percepciones desarrolladas en la Confederación Helvética sobre la inestabilidad política española y los permanentes bandazos en su régimen político, en especial a lo largo del Sexenio. De otra, a partir de una aproximación a la naturaleza de las relaciones migratorias entre ambos países, con especial consideración de los exiliados políticos españoles.

Una interesante y original aportación, en suma, que viene a cubrir parcialmente el notable vacío existente en nuestra historiografía acerca de los pequeños Estados europeos del siglo XIX y a introducirnos en el ámbito casi completamente desconocido de las relaciones de España con los mismos en forma de un sugerente libro.

Antonio MORENO JUSTE

NASH, Mary: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Taurus, 1999. 358 pp.

Nos encontramos con una obra muy interesante que se encuadra dentro del amplio proyecto historiográfico que trata de recuperar la memoria histórica de las mujeres, en este caso concreto en el contexto de la historia reciente de España, de la mano además, de una de las historiadoras pioneras en este campo dentro de la historiografía española.

Como señala en el texto, Mary Nash retoma un tema ya investigado por ella en el contexto de la Transición española (*Mujeres Libres: España 1936-1939*, Barcelona, 1975; *La mujer en las organizaciones políticas de izquierda en España (1931-1939)*, Barcelona, 1980) y lo retoma con la intención de matizar sus conclusiones teniendo en cuenta que en su momento este tipo de obras tenían un trasfondo más politizado y combativo (de recuperación de una experiencia democrática y de un protagonismo evidente de las mujeres en el contexto de la Guerra Civil) ante el final de la larga dictadura de Francisco Franco y el comienzo de la nueva democracia española. Por tanto, en esta revisitación al tema de las mujeres republicanas en la Guerra Civil, la autora va a incidir más en las ambigüedades, en las relaciones entre el cambio y la continuidad y, sobre todo, en la noción de aprendizaje histórico para explicar por qué en una época de tantos cambios, las relaciones de género no cambiaron tanto. Esta tesis básica es la que articula la obra, tanto en la estructura como en el contenido de la misma.

Pero antes de entrar a comentar esos puntos, me gustaría señalar algunas cuestiones formales. Me ha llamado la atención, por un lado, la volun-

tad pedagógica y explicativa de la autora al integrar secciones tales como notas aclaratorias, un glosario, una cronología, así como amplias notas bibliográficas. Por otro lado, es interesante destacar la heterogeneidad de fuentes utilizadas, algo que es fundamental para el estudio de la historia de las mujeres. De esta manera, además de una abundante bibliografía secundaria, se incluye dentro de la bibliografía utilizada: correspondencia, publicaciones periódicas, folletos, relatos contemporáneos, imágenes, tanto fotos y carteles como un vídeo, así como entrevistas. El recurso a las fuentes orales siempre es muy rico y sirve para dar cuenta tanto de las experiencias personales como de la percepción que los contemporáneos puedan tener de los acontecimientos que viven y que, para nosotros, una vez conocemos el desenlace final, pueden tener otra significación. Sin embargo, desde un punto de vista meramente metodológico, considero que hubiera sido interesante que la autora incluyera los formularios de las entrevistas.

Como ya he señalado, considero que la estructura de la obra ayuda a enfatizar el interés de la autora por la relación entre el cambio y las pervivencias en un contexto claramente excepcional, complejo y convulso, como fue la Guerra Civil. De esta manera, el primer capítulo trata sobre la construcción de los roles de género en la España contemporánea, lo que le sirve para mostrar el aprendizaje histórico previo con el que tendrán que contar las mujeres y los hombres que luego asisten a las transformaciones políticas y sociales que tienen lugar durante la II República y la Guerra Civil. Es de especial importancia la interiorización del discurso de género de la domesticidad, no sólo en las clases acomodadas y en los grupos de derecha, sino en los propios partidos y sindicatos de izquierda, así como por las propias mujeres que valoran por encima de todo su papel como esposas y madres, siendo precisamente este papel el que legitima a algunas para reivindicar ciertas mejoras en la condición femenina.

Continuando lo que yo considero una estructura evolutiva, en el segundo capítulo se habla sobre las imágenes de las mujeres en el imaginario colectivo y la retórica revolucionaria. Lo más destacable es la importante figura simbólica de la miliciana, figura controvertida, primero considerada heroína y luego denostada, por los mismos compañeros y especialmente maltratada por la propaganda franquista. El problema es que la miliciana significa la mayor transgresión de las normas de género a la que se asiste en este periodo, por lo que es una imagen muy controvertida. No obstante, señala la autora que esta poderosa imagen, reproducida en múltiples carteles de propaganda, estaba dirigida principalmente a incrementar la participación masculina en la guerra, no la femenina, que pronto se encauzó a labores de retaguardia y que tenía una imagen más acorde con las normas de género tradicionales y,

probablemente también más acorde con la actitud de la mayoría de las mujeres: la madre combativa.

En el tercer capítulo, la autora analiza el papel de las organizaciones femeninas de izquierda durante la guerra. Se enfatiza la vinculación ideológica de estas organizaciones con las facciones políticas correspondientes y su objetivo centrado más en la guerra que en aprovechar la convulsa situación para realizar una unidad de género y plantear unas reivindicaciones sobre temas que afectaran a las mujeres en cuanto a tales. Aunque la mayoría sí reivindicaron una mayor educación y formación para las mujeres, la única organización femenina que fue más allá fue *Mujeres Libres*, de ideología anarquista, pero fue un ejemplo excepcional y minoritario.

Retomando lo avanzado en los capítulos anteriores llegamos a éste en el que se analiza el lugar de las mujeres en la guerra, que no fue otro que la retaguardia. El trabajo de las mujeres no obstante, significaba una ampliación de sus labores familiares tradicionales, salvo por cuanto se refiere al trabajo, asalariado o voluntario, en las empresas y fábricas de guerra. Respecto a esta cuestión se destaca cómo, en una situación de absoluta excepción y necesidad, donde las mujeres dieron todo lo que pudieron de sí, desde las instancias de poder, partidos y sindicatos, se intentó mantener la división de roles de género, solo rota por algunas excepciones de especial relevancia (aunque esto también propició la toma de conciencia de algunas de estas mujeres sobre la discriminación a la que eran sometidas por cuestión de sexo, mientras que su labor en la contienda era tan valiosa como la de sus compañeros), aunque adaptándose a las nuevas situaciones, especialmente en la cuestión del trabajo extradoméstico de las mujeres.

Aquí es donde la cuestión del cambio y de las pervivencias es más destacada y así, en el último capítulo, se analizan las nuevas delimitaciones de los ámbitos públicos y privados: las mujeres trasladaron su rol familiar tradicional a la sociedad en guerra, y con ello transgredieron las habituales fronteras entre lo público y lo privado. Nos encontramos, por tanto con el complejo cuadro de las mujeres republicanas en la Guerra Civil: su actividad en la guerra fue fundamental, tanto para el aprovisionamiento de los frentes como para la supervivencia en la retaguardia. Salieron, por tanto, en gran medida, del hogar en el que el discurso de la domesticidad las tenía recluidas; sin embargo, sus principales actividades, salvo los ejemplos ya señalados de las milicianas y las políticas, fueron una ampliación de sus funciones familiares de organización, provisión y cuidado, eso sí, ahora extendido a amplios sectores de la sociedad. Por lo tanto, la autora concluye que durante la Guerra Civil no hubo una verdadera redefinición de los roles de género tradicionales.

No obstante, como siempre, hay que tener en cuenta un contexto más amplio, la situación de la que se partía, y la que se impuso después de la gue-

rra, así como la percepción de las mujeres que vivieron esos agitados tiempos y que para muchas de ellas significó personalmente un gran cambio en sus vidas.

M.^a del Carmen MUÑOZ RUIZ

BURNS MARAÑÓN, Tom: *Hispanomanía*. Barcelona, Ed. Plaza & Janés. 2000. 267 pp.

El interés de los extranjeros por la historia de España cuenta con una larga tradición historiográfica sobre los más diversos períodos, figuras y cuestiones de nuestro pasado. Podría hacerse un análisis de las motivaciones que llevaron a estos estudiosos a tratar de España y la imagen que dejaron en sus escritos según las épocas de sus publicaciones: impulsos de polémica, unas veces, durante los siglos de dominio español; otras, la pura curiosidad por explicarse, desde una plataforma cultural europea el fenómeno de una comunidad histórica percibida con rasgos singulares de tipismo, pintoresca y sensacionalista. Pero ha habido también otros criterios más racionales que pretendían conocer a fondo la historia de España y de los españoles y donde debemos incluir esa otra tradición más reciente de *hispanistas* que aportaron una importante renovación a la historiografía española del siglo XX.

Tal vez una de las imágenes más persistentes haya sido la visión de España como un país *diferente, excepcional*, donde la metáfora de los espejos ha jugado con sus interferencias mutuas, aceptando, rechazando o reivindicando esa diferencia. Hasta fechas muy recientes, durante los años del franquismo, «España es diferente» se utilizaba profusamente como eslogan turístico para resaltar precisamente esas supuestas diferencias del tipismo español, recuperando así la imagen pintoresca, costumbrista y exótica que los viajeros románticos del siglo XIX contribuyeron a difundir.

Sin embargo, esa imagen *singular y excéntrica* de España viene de muy lejos y ha representado durante mucho tiempo *la síntesis* de toda una interpretación de la historia y la cultura hispánicas construida en la Europa del siglo XVI en torno a la Leyenda Negra y reelaborada en positivo —con no menor carga de prejuicios— por los ya citados viajeros del romanticismo, aquellos *curiosos impertinentes* a los que se refiere el libro que comentamos. De aquella imagen se deriva también otra cuestión que ha venido debatiéndose, con más o menos intensidad, desde hace siglos: el problema de nuestro ser o no ser europeos: ¿estamos y somos europeos o solamente estamos en la geografía continental como un pueblo *fronterizo*? «un ser o no

ser», una «penumbria histórica» que diría Quevedo. Se trataría así de una especie de complejo de «europeidad», de afirmación de una existencia discutida que ha llevado a los españoles a estar constantemente reafirmando una identidad que a las demás naciones no se les cuestiona: todo un género literario *en torno al casticismo* y al *problema de España* desde los regeneracionistas hasta hoy.

En efecto, España se había ido extrañando cada vez más de Europa en el sueño de la Contrarreforma, hasta que el Romanticismo descubre un día a la Bella Durmiente y se queda prendado de sus inertes encantos. Los episodios de su pasado y sus gentes excitaban una fantasía ávida ahora de caracteres bizarros que se pusieron de manifiesto en la guerra de la Independencia. La enconada resistencia del pueblo español contra los invasores, despierta el entusiasmo de los ingleses, aliados entonces frente al enemigo común, y las figuras del *guerrillero* valiente y del *bandolero* audáz suscitan su admiración. Después comenzarían a llegar los viajeros románticos, aquellos *curiosos impertinentes* creadores de una imagen que contemplaba a España como una reserva de exóticos nativos en la periferia de Europa, capaces de estimular el gozo lúdico de intrépidos viajeros procedentes de países supuestamente civilizados en busca de aventura y emociones fuertes.

De toda esta maraña de malentendidos, de ideas y prejuicios, de encuentros y desencuentros trata este sugestivo y apasionante libro: *Hispanomanía*, casi una «guía de perplejos» anglosajones que se pasearon por España entre la Guerra de la Independencia y la Guerra Civil: desde Brenan a Hemingway, pasando por Wellington, Ford, Blanco White, Borrow y Orwell, el último romántico... Leyendo sus páginas he podido concluir que nadie mejor que Tom Burns Marañón, hijo de padre inglés y madre española, podría haber escrito un libro como éste desde la perspectiva, la biografía y la trayectoria vital que lo avala: «Yo, que a lo largo de los años, y como no podía ser de otra manera, me he empapado de estos mismos *curiosos impertinentes*, he llegado a la conclusión de que con ellos nos encontramos ante un viaje de ida y vuelta, ante un efecto bumerán. Ellos decidieron que España era, es y será «diferente» y los españoles cultos, mediatizados por tanto interés extranjero, dijeron «de acuerdo, adelante». Y es así como nos topamos de bruces con el papanatismo, con el desesperante pesimismo que dice «que inventen ellos» y con la atroz neurastenia que proclama que «ser español es el que no puede ser otra cosa».

Con un bagaje familiar privilegiado, conocedor por origen de la cultura anglosajona y española y formado como historiador en Oxford, Burns se vincula también al grupo de destacados discípulos de Raymond Carr empeñados en rechazar las tesis sobre la excepcionalidad de la historia de España y reivindicar un imagen de país homologable a los de su entorno europeo, un país

«normal» alejado de los tópicos del «fracaso», de las «frustraciones» y de las «inferioridades» españolas.

La tesis que Tom Burns pretende desarrollar en *Hispanomanía* es que el ya referido efecto bumerán «fomentó la literatura crítica finisecular de la España del año del «desastre» y fue el soporte de quienes proclamaban la «excepcionalidad» de España para justificar, desde su visión catastrofista, soluciones excepcionales». Se trata, sin duda, de una tesis audaz, un tanto arriesgada diría yo, al atribuir a estos *curiosos impertinentes* una excesiva influencia sobre las reflexiones e interpretaciones que han venido realizando los españoles mismos, viviendo al ras del suelo ese campo de minas que fue el contexto social, político y económico en el cual se desarrolló la tradición liberal española.

En cualquier caso, discutibles o no algunas de sus apreciaciones, *Hispanomanía* es un regalo para el lector que debe agradecer la agilidad y frescura de una escritura que rezuma cosmopolitismo, sensibilidad y buen humor. Un libro acompañado, además, por un riguroso acopio documental y salpicado de anécdotas y referencias agudas que reflejan el talante vital de su autor. En el epílogo dedicado a *Mis maestros*, Tom Burns escribe excelentes páginas autobiográficas sobre sus años de formación en Oxford, de sus relaciones y trabajos realizados bajo el magisterio de Raymond Carr y de cómo se fue abriendo paso la gestación de *Hispanomanía*, una obra estimulante y crítica sobre la trayectoria vital de unos anglosajones fascinados por España.

Esperanza YLLÁN CALDERÓN

ESPIGADO TOCINO, Gloria: *Aprender a leer y escribir en el Cádiz del ochocientos*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 1996; 483 pp.

POZO ANDRÉS, María del Mar del: *Urbanismo y Educación. Política educativa y expansión escolar en Madrid (1900-1931)*, Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, 1999; 834 pp.

Estos dos trabajos, asentado el uno en el tiempo largo y en el siglo XIX, relativo a la ciudad de Cádiz, y el otro abordando un periodo mucho más breve para el Madrid del primer tercio del siglo XX, se constituyen en destacados referentes desde los cuales seguir algunos de los más importantes hitos del proceso de implantación de un sistema de instrucción pública en España. En ambos debe especialmente destacarse el uso de fuentes estadís-

ticas hasta ahora poco utilizadas y que constituyen el mejor soporte de ambas investigaciones.

En la presentación del libro de Gloria Espigado se nos recuerda que la lucha de los liberales por la implantación de un sistema público de enseñanza —la Constitución de 1812 manda que aprender a leer, escribir y contar, junto con el conocimiento del Catecismo y las obligaciones cívicas fuera «uniforme en todo en reyno»— tenía entre uno de sus objetivos arrebatarse a la Iglesia el monopolio de la docencia. Es por ello que la autora antes que insistir en los atrasos pedagógicos, las diferencias de sexo, los sistemas disciplinarios, o los moralistas principios de algunos tratados didácticos, centra su investigación preferente en analizar cuáles fueron las vicisitudes de la implantación del sistema de instrucción pública, marca lo que separa deseos y realidades y cuantifica el desfase entre legislación y realidad, cerrando el panorama con un acabado estudio sobre la evolución del espacio escolar, la gestión y control escolar, el desarrollo del currículum y la organización didáctica. Todo lo cual se contextualiza a partir de la pregunta de si la ciudad de Cádiz, ámbito de estudio elegido, fue un laboratorio idóneo, privilegiado y también, por ello mismo, si supo o no dar una respuesta adecuada al desafío que representaba el crecimiento y concentración poblacionales en las ciudades en el último tercio del siglo XIX. Al servicio de tal tarea pone junto a un caudal informativo de trabajos que se han llevado a cabo sobre la ciudad, en especial los referidos a su evolución demográfica, fuentes poco utilizadas, como son los Anuarios de enseñanza, las Actas de la Comisión Local de Instrucción Pública, Actas de la Junta Local de Primera Enseñanza y los informes de la Comisión Municipal de Instrucción Pública.

La pregunta de la que se parte, la idoneidad de Cádiz como ejemplo significativo, no es ociosa. La ciudad contaba con una tradición y oferta de escuelas privadas, de pago o gratuitas, de instituciones o particulares que convierten precisamente en un desafío el desarrollo de la instrucción pública en dicha ciudad. Por ello resaltaremos a continuación, entre las conclusiones que se alcanzan, las que corresponden a la gestión y control escolar, referidas al gasto en instrucción pública con relación al presupuesto municipal, y las que abordan los aspectos cuantitativos del problema, como oferta pública y privada de puestos escolares, nivel de escolarización, etc., siguiéndose la evolución del propio proceso. Y como hecho previo señalar que la falta de consistencia de lo que hasta ahora se viene sosteniendo sobre la naturaleza del proceso educativo español anterior a 1840, con tendencia a positivizarlo en sus aspectos cuantitativos, en el caso de Cádiz ha sido puesta de manifiesto tras el debate al que se ha sometido la propia evolución demográfica de la ciudad.

En las previsiones de gastos municipales explicita Gloria Espigado que la partida destinada a educación (el 60% es para el profesorado) crece entre 1840-1868 a un ritmo superior que el gasto general presupuestado, situándose el momento óptimo entre 1857 y 1868. Significativamente entre 1877 y 1880 se dedica menos gasto a la instrucción primaria que entre 1863 y 1868; y tras lo que parece una recuperación entre 1881 a 1894 (aunque las partidas destinadas a educación están por debajo del crecimiento de los índices del presupuesto general), 1897 marca una inflexión a la baja con la que se cierra el siglo.

En el pulso entablado entre la escuela pública y la privada, en el que no es el menor inconveniente para aquella la concentración de edificios, que provienen de bienes desamortizados, muy irregularmente distribuidos por la ciudad, podemos seguir la siguiente evolución: en 1858, con un total de 3.980 niños escolarizados, la escuela pública sobrepasa por primera vez a la privada: son 1.201 niños y 804 niñas, frente a 1.082 niños y 893 niñas en la privada. En 1868 de un total de 5.651 niños escolarizados, la escuela pública absorbe 1.762 niños y 901 niñas, en tanto corresponden a la privada 1.462 niños y 1.526 niñas. Un salto adelante y un hito en la escolarización, también de los varones en la escuela pública, la cual sin embargo retrocede en 325 alumnos, debido al destacado crecimiento de la escolarización de las niñas en los centros privados. Una tendencia que es ya una caída en picado en la matrícula de los varones detectable a partir de 1891.

La parálisis de los gastos para la instrucción pública, pues, alcanza sus efectos en diferido y se traduce en que, comparativamente, si la media para las capitales de provincia en 1900 era de una escuela pública por cada 1.711 habitantes, la ratio en Cádiz es de una escuela por cada 3.642 habitantes; déficit de oferta pública de escuelas que se cubrirá con la oferta privada.

Desde una perspectiva de género, la evolución que se sigue en la asistencia de las niñas a los colegios públicos y privados, también en razón de la oferta que se hace para ellas, traduce una situación de paridad con la escuela privada hasta 1857 y una caída en picado para la pública de niñas a partir sobre todo de 1864. Un desfase que marca el predominio de la escuela privada femenina, masivamente religiosa, hecho éste que se produce con veinticuatro años de antelación sobre la misma tendencia a observar en la de los niños y que ilustra lo que en otros ámbitos señaló Callahan y es dónde comienza a dar la Iglesia la batalla contra el liberalismo.

Si ideológicamente el primer liberalismo estaba interesado en la difusión del catecismo cívico y el sexenio en la secularización de la enseñanza

pública, en la Restauración, dirá Gloria Espigado «se produce la incorporación de una educación moral que se acomoda al credo religioso católico. Así en la Restauración la enseñanza religiosa se instrumentaliza en contra de otras ideas disolventes del orden social instaurado». Parece pues desprenderse de su análisis que de la política ultraliberal del sexenio en materia de libertad de enseñanza y de fomento de creación de centros docentes privados, quienes realmente se beneficiaron, o tomaron la iniciativa, fueron las ordenes religiosas docentes.

Finalmente entre otras conclusiones de interés —por ejemplo el análisis que se sigue de la incorporación de un profesorado femenino cualificado en la enseñanza de las niñas— merece resaltarse lo que confirma la autora y es que aunque la enseñanza obligatoria fuera hasta los 9 años, en la práctica había tantos matriculados hasta dicha edad como hasta los 12 años, siendo la asistencia a las aulas en igual medida. Esta circunstancia puede explicar el hecho que siempre llama la atención en los Censos, que los porcentajes de los que saben leer y escribir cada vez se sitúan más por encima de quienes declaran que sólo saben leer.

Si Gloria Espigado nos deja la escuela pública en la encrucijada de 1900, el trabajo de María del Mar del Pozo Andrés pone de manifiesto el retomar vuelos de la enseñanza pública, y con ello lo que de falso hay en una idea de discontinuidad como rasgo característico de la historia de la España contemporánea, pues los logros que se han atribuido a la segunda República en materia educativa en realidad tuvieron su génesis en dos periodos calificados por la autora de «franco esplendor»: la etapa de 1910-1913 y la de 1930-1931, al tiempo que también nos confirma la escolarización femenina, en sus ritmos por encima del de los varones, como un fenómeno del siglo XX.

Se demuestra de forma contundente en este trabajo que los resultados directos que produjo la política pedagógica oficial en Madrid durante el primer tercio del siglo XX y las expectativas del Estado por convertir a Madrid en modelo de «la nueva escuela pública» en gran parte se cumplieron. En 1931 el 67% de las aulas escolares de la capital formaban parte de la escuela graduada, cuando la media española rondaba el 3%. Este dato, junto a otros como la disminución de la ratio alumnos/clase o el funcionamiento interior de los Grupos escolares, demuestra que «esa nueva escuela pública» era ya una realidad presente en la capital con anterioridad a la llegada del régimen republicano. Un logro cualitativo, que la República va a convertir en un logro cuantitativo al extender el modelo al resto de España.

El punto de arranque de esta recuperación de la escuela pública se encuentra en que a diferencia de lo que ocurre en la primera etapa de la

Restauración, con dos políticas educativas distintas por parte de los dos partidos gobernantes, a partir de 1910 se va a producir un consenso impuesto por el pragmatismo de los partidos políticos. Es desde el Ayuntamiento, siguiendo el auge municipalista que se produce en todo el país, desde donde se luchará por imponer entre 1910-1913 un modelo de política educativa municipal, el cual comenzó a gestarse en 1902 y que pasaba por la creación de Escuelas graduadas y por el establecimiento de un Negociado de Enseñanza local encargado de las cuestiones. También, en el momento más favorable a las ideas laicistas, los concejales socialistas y republicanos lograrán la aprobación de un proyecto para implantar la neutralidad religiosa en las escuelas públicas. Así, por voluntad conjunta de conservadores, liberales, republicanos y socialistas, Madrid se convierte en modelo y ejemplo de la renovación pedagógica nacional (planes de 1922 y de 1930), estimándose que los catorce meses del bienio 1930-31 reúnen ya unas características pre-republicanas. Y ello a pesar de que, como dice la autora, el que Madrid fuera la capital del Estado y la sede de las instituciones representativas le reportó más inconvenientes que ventajas, sobre todo de naturaleza económica. Un ejemplo: cuando en 1910 existe por parte municipal voluntad política para poner en marcha los dos planes para la creación de escuelas públicas, el de urbanización del Extrarradio, de Nuñez Grandes (1910) y el de Dicenta (1911), falló el necesario apoyo económico estatal; y cuando el Ayuntamiento de Madrid tiene suficientes recursos económicos, falla la voluntad política para llevarlo a cabo.

Pero junto a estos problemas otros añadidos pudieron tener que ver con la política oficial de edificación de escuelas al abordarse el mismo para la autora antes desde una perspectiva urbanística que pedagógica. Organizando el estudio de la ciudad en tres sectores concéntricos: Centro, Ensanche y Extrarradio, las conclusiones que se alcanzan son estas: el Centro sufrirá en esta época (1910-1930) un progresivo despoblamiento y envejecimiento de la población. Relativamente bien dotado desde 1911 de escuelas públicas se seguirán alquilando aulas unitarias para satisfacen intereses y deseos de los maestros; el Ensanche, zona de la aristocracia, la burguesía pujante y las clases medias, quedó abandonado de la iniciativa pública por la carestía de los alquileres y por el peso específico de la enseñanza privada, mientras que el Extrarradio, ocupado por las oleadas de emigrantes, se verá beneficiado por los proyectos de construcción escolares. Una importante actuación oficial en esas zonas se siguió entre 1911-1918 y 1930-1931, y aunque no cumpliendo todas las expectativas cuantitativas, cualitativamente, es decir, pedagógicamente, en 1931 el 80% de las escuelas graduadas estaban ubicadas en esa zona, en colegios de nueva planta, con organización graduada y bastantes adelantos pedagógicos. Con este

impulso se venía a poner fin a una realidad que se había forjado en la etapa anterior de la Restauración. Si el Ensanche había quedado como espacio donde la enseñanza privada no tenía competidor, en el Extrarradio la presencia de la Iglesia había conectado con las necesidades sociales bajo el impulso de un catolicismo social: al tiempo que un barrio se iba poblando, surgía junto a la iglesia la escuela católica. Una inercia que hace que las clases populares no teniendo hacia 1911 entre sus necesidades prioritarias la educación de sus hijos, usen de la escuela como de guardería y sigan por ello prefiriendo la oferta católica a la pública hasta que en los años 1920 una nueva clase obrera del Extrarradio, que deseaba para sus hijos algo más que una rudimentaria alfabetización, ante los dos modelos educativos que se le ofertan, el católico popular y el público, elija el segundo. Una «nueva escuela pública», para la autora, se va configurando durante el primer tercio del siglo XX. Basada pedagógicamente en la organización graduada, encontrará su fundamentación sociológica en la «nueva clase obrera» aparecida en el Madrid de los años veinte y constituida por un proletariado de obreros cualificados. Con ello también se explica el cambio en la demanda de puestos escolares públicos que se advierte en estos años: si las graduadas construidas en la primera década de este siglo no lograban cubrir su matrícula porque los padres preferían otras opciones educativas o ninguna, la apertura de los centros edificados mediante el plan de 1922 (de conservadores y socialistas) desencadenará una avalancha de peticiones. Pero no sólo fue la clase obrera, sino que también lo hicieron las clases medias. la nueva escuela no se basaba en criterios de pobreza, sino de calidad e igualdad para todos. Es este el mejor indicador de que la enseñanza primaria madrileña había experimentado un innegable progreso cualitativo durante esos años.

Con la consolidación de un modelo de actuación didáctica indisolublemente unido a la organización graduada, el cambio de identidad de la Escuela pública da así un giro sustantivo: cualitativamente Madrid vino a jugar un papel fundamental, pues sus graduadas fueron visitadas por muchos maestros de provincias, como confirma del Pozo Andrés.

Por todo lo dicho estos dos estudios, entendemos, aportan nuevas y abundantes bases con las que contrar a la hora de trazar el proceso que llevó a la implantación de un sistema de instrucción público en la España Contemporánea, jalonado en tres fases, y en el que 1868, marcando la divisoria hacia un periodo de estancamiento cuando no de crisis, presenta inevitables puntos de interrogación.

Milagros FERNÁNDEZ POZA

ANDRÉS-GALLEGO, José y M. PAZOS, Antón: *La Iglesia en la España contemporánea. 1, (1800-1936); y 2, (1936-1999)*, Madrid Ediciones Encuentro, 1999; 426 y 372 pp.

La aparición de una obra de estas características es siempre recibida con especial agrado entre los historiadores e interesados en el tema, por la escasa producción de manuales de Historia de la Iglesia en España referidos a los dos últimos siglos.

Es verdad que las grandes colecciones de Historia general y de Historia de la Iglesia en particular dedican tomos especiales a la materia durante la época a que nos estamos refiriendo. Lo mismo sucede si tenemos en cuenta la cantidad y variedad de títulos de libros, folletos y artículos de revista que, sobre aspectos parciales y específicos de la Iglesia en España durante los dos últimos siglos, han aparecido. Pero no abundan los libros que recapitulen, interpreten y sinteticen toda esta abundante producción bibliográfica en forma de manuales, como el que ahora nos ocupa.

La obra que recensamos cumple magistralmente este cometido, y además, los dos autores reúnen las mejores condiciones para realizarlo. En efecto, ambos han impartido clases en la Universidad y han dedicado gran parte de su vida a la investigación, centrada sobre todo, en una problemática poco estudiada, como es la vertiente política y social de la Iglesia en España.

Pero muy especialmente son conocidos por haber organizado numerosos coloquios, congresos y simposios nacionales e internacionales sobre la temática aludida con una destacada participación en todos ellos. Esta vertiente y atención a las últimas publicaciones así como a la historiografía extranjera es la que se advierte en los mismos epígrafes atractivos y sugerentes con que sintetizan los diferentes capítulos de la obra, y que recuerdan la estructura y metodología de la mejor historiografía francesa.

Parecido es el elogio que hay que tributar a los autores por haber sabido hacer una frecuente alusión al contexto del mundo europeo para explicar y justificar defectos y excesos que se observan en el caso español y que no resultan tan diferentes al del resto del mundo eclesiástico de la época, como muchas veces se pretende presentar.

Una constante que se advierte también en la obra es la vinculación con el mundo religioso iberoamericano, sea como contraste, o como herencia lógica de la evangelización hispana, y posterior organización eclesiástica, de cuya referencia muchas veces se prescinde en las publicaciones monográficas y en muchos de los manuales.

El trabajo se reparte en dos volúmenes: el primero comprende desde 1800 a 1936, y el segundo, desde 1936 a 1999. División que me parece

desequilibrada en cuanto a la exposición de contenidos de una y otra parte. Pienso que el año 1875 y las décadas finales del siglo XIX (hasta donde podía comprender el primer volumen) siguen siendo decisorias de la verdadera contemporaneidad, también en la Historia de la Iglesia en España, y que marcaría además el jalón que separase dos grandes etapas en la Historia de la Iglesia en España. Más aún, a partir de las llamadas fiestas constantinianas de 1913, se ponen ya las bases ideológicas de lo que será después el llamado nacional-catolicismo.

Un período tan amplio, como el que se estudia en el primer volumen, (desde 1800 a 1936) obliga por esto a una síntesis tan apretada que no siempre aparecen claras y precisas ciertas afirmaciones, pues solapan crisis intermedias. En todo caso, ciertas visiones de conjunto, que podrían discutirse, no dejan de ser originales y sugerentes que obligan a un mayor esfuerzo de análisis y matización.

Los aspectos más originales de este primer volumen están recogidos en una serie de mapas y gráficos sobre puntos muy concretos estudiados en trabajos más amplios, publicados en revistas, folletos y libros especializados, por los propios autores, o investigados por otros, pero elaborados y sintetizados para esta publicación. A esta clase de resúmenes gráficos pertenecen, por ejemplo, la estadística de alumnos de los seminarios españoles a finales del siglo XIX, la lista de asociaciones religiosas y del movimiento asociativo en España durante la Restauración, las relaciones en torno a reivindicaciones religiosas, así como mapas de la situación de parroquias, muestras detalladas de comunidades religiosas restauradas o establecidas en España en las primeras décadas del siglo XX y no menos interesantes son las representaciones cartográficas sobre el anticlericalismo español de los primeros lustros del siglo.

Cabe reseñar, en esta elaboración de resúmenes gráficos, la inserción de mapas sobre la extensión de formas de religiosidad, niveles de cumplimiento pascual en algunos sitios, e incluso la representación de los datos sobre recepción de la bula de cruzada, como aproximación al estudio de la religiosidad en España.

El segundo volumen tiene un especial interés para el historiador, por la problemática vidriosa que aborda y la originalidad e interpretación, a veces discutida, a que se prestan los hechos que se estudian. Al lector de esta reseña le importará, como visión de urgencia, una relación de los capítulos y epígrafes más importantes de todo este período: la guerra civil, verdadera tragedia entre los españoles, es estudiada en sus aspectos más polémicos, como son el acoso y derribo de la Iglesia, la concepción de la guerra como cruzada, el conflicto diplomático entre el Vaticano y el gobierno de

la República, así como el punto referido a la incidencia que tuvo en el nacionalismo vasco.

La época de Franco, desde un punto de vista religioso, es entendida como una «recreación de la España católica», haciendo especial hincapié en los aspectos políticos y en los esfuerzos reevangelizadores del pueblo a través de misiones populares y la revitalización de la Acción Católica.

Un capítulo especial merece el apoyo que presta «el Estado católico» a la Iglesia, con el restablecimiento de la antigua legislación que culmina en la firma del Concordato en 1953. Todo ello incita a una revitalización del laicado a través del movimiento especializado de Acción Católica, la importancia de los «Propagandistas» y el destacado papel que adquiere el Opus Dei hasta suscitar recelos por parte de la Falange.

Precisamente esta situación apuntada es la que impulsa a los autores a hacer un detallado estudio, en el siguiente capítulo, titulado «las disidencias», donde se analizan estas fricciones entre la jerarquía y el gobierno, así como las no menos importantes que presenta el nacionalismo vasco y catalán, los católicos desde el exilio, los intelectuales críticos, el mundo universitario y el llamado catolicismo tecnócrata de los años sesenta.

La segunda parte de este segundo volumen está dedicada a estudiar la crisis y renovación de la Iglesia posconciliar. Es tal vez la sección de la obra más interesante, por la serie de puntos conflictivos que se tratan. He aquí los epígrafes más llamativos: la ocasión del Concilio, la cultura eclesiástica en la España de Franco, la radicalización del catolicismo vasco y catalán, el sindicato único y el apostolado obrero, el impacto político del Concilio en los puntos referentes a la libertad religiosa y el derecho de presentación, el enfrentamiento de la HOAC y la JOC a la jerarquía, la disolución del apostolado seglar, la reducción del número de eclesiásticos, la distorsión de la eclesiología, el distanciamiento entre clero y pueblo, la transformación del episcopado español, el paso del elogio político a la crítica general, la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, las otras dos respuestas de 1972, (es decir, la Hermandad Sacerdotal Española y el Instituto Fe y Secularidad), la llamada era Tarancón, el enfrentamiento en la calle y en la jerarquía eclesiástica, el caso Añoveros y el agotamiento del Régimen.

El capítulo siguiente está dedicado a la etapa de la democracia donde se abordan los puntos más relevantes, desde 1975 hasta 1999. Tales son, a modo de ejemplos, los siguientes: la disolución del Estado católico, los debates sobre el divorcio y el aborto, el planteamiento de la guerra escolar, la nunciatura de Tagliaferri y el tiempo del cardenal Suquía, y las diferentes opiniones del episcopado español.

El último capítulo es una reflexión en torno a los cambios y tendencias que se observan, en el campo religioso español, durante las últimas décadas

del siglo. Se trata de una reflexión de gran interés que puede suscitar polémica entre los historiadores, políticos y teólogos. Entre los puntos principales destacan los que se refieren a las corrientes de espiritualidad que se detectan en los años noventa: la crisis moral, la separación entre fe y praxis moral, el indiferentismo del ambiente, las diferencias geográficas y sociales que se van perfilando en la España de las autonomías, el desconcierto entre los eclesiásticos como una continuación de la crisis posconciliar, el planteamiento teológico ante los demás saberes y la cultura, la importancia del laicado católico y los nuevos movimientos seculares (como el caso de «Comunión y Liberación») y el desarrollo del Opus Dei, la renovación del asociacionismo benéfico, y los esfuerzos del episcopado por una mayor presencia católica en la vida pública.

Todo ello resulta tan rico y variado que, sin ser exhaustivo, sin lugar a dudas, da pie a muchas consideraciones. Por eso resulta (como dije al principio) digna de alabanza, felicitación y encomio la aparición de esta obra, esperando que sirva de lectura reposada, de reflexión profunda y de acicate para un público muy diverso.

Leandro HIGUERUELA DEL PINO

B) Historia Mundial

FOX-GENOVESE, Elizabeth/LASCH-QUINN, Elizabeth (eds.): *Reconstructing History. The Emergence of a New Historical Society* N. Y/Londres, Routledge, 1999. 377 pp.

Mientras que en el Estado Español los «Cultural Studies» y la historiografía postmoderna apenas han hecho mella —como en Europa en general, si descontamos Francia— el vaivén de la moda científica ya ha comenzado a producir las primeras críticas y denuncias en la historiografía norteamericana de estas disciplinas o formas de verlas. La batalla en torno a los asuntos de la identidad («identity politics») ha alcanzado cierta envergadura y dividido la comunidad de historiadores norteamericanos, hasta tal punto, que los disidentes antipostmodernistas han formado una nueva asociación de historiadores. La primera publicación de esta sociedad y una especie de manifiesto y declaración de intenciones lo constituye el presente libro.

Si hemos de creer lo expuesto en esta publicación, las universidades americanas son una especie de cueva de postmodernos relativistas de dientes afilados, tremendos escépticos que no creen en la realidad en ninguna de sus formas y que, por ello, se dedican a inventarse historias sin funda-

mento empírico alguno, intercambiables cuentecillos faltos de valor y escritos en un lenguaje incomprensible. Por si fuera poco estos terribles personajes —que son sobre todo «gente de izquierdas», aunque no sólo— poseen la llave del reino académico y con su intolerancia ideológica (que se resume y oculta en la «political correctness») cierran las puertas a todo el que no piense como ellos y que pretenda hacer otro tipo de historia, más chapada a la antigua.

Visto así, el libro se entiende —se puede entender— como el intento de resistencia de unos sectores de la profesión que se sienten perjudicados por el desarrollo de un nuevo academicismo y de un nuevo *milieu* profesional. Esta subcultura a combatir ha desarrollado sus códigos lingüísticos (una extrema teorización, bastante abstracta, con conceptos tomados de Foucault o Derrida), sus nuevos objetos de estudio (las masas como protagonistas, en especial las minorías, esos «fleclos» de la historia) y un cierto desprecio por disciplinas consideradas añejas (como la diplomacia o la historia económica). Todo lo cual es cierto en gran medida y nos ayuda a comprender la reacción de quienes por educación, inclinación o herencia intelectual toman posición en otros campos o modos de escribir historia.

El libro se divide en cinco partes cada una de las cuales contiene, a su vez, cuatro o cinco artículos o notas voluntariamente polémicas en su mayoría, aunque la última sección se compone de aportaciones concretas, ofrecidas como ejemplos de lo que, en la opinión de las editoras, debiera ser la nueva/vieja ciencia histórica. La primera parte intenta mostrar la necesidad de la fundación de la nueva Sociedad, enraizándola en la crítica a los «postmodernos» y «culturalistas». El valor a rescatar parece ser la «dignidad de nuestra profesión» (p. 8), que ha desaparecido dentro del giro hacia el relativismo y la exclusiva centralidad del texto preconizados por autores como Hayden White o Dominick LaCapra. Curiosamente esta «pérdida» de la dignidad achacada al postmodernismo —que, indudablemente, y sobre todo en los epígonos y casos extremos, como LaCapra, es cierta— surgió del intento de subrayar las especificidades —y la superioridad— de la historiografía en su competición con las ciencias naturales. Al extremar las precauciones sobre la posibilidad de obtener conocimiento de un texto, negando que se pueda extraer una «verdad» más allá de la subjetividad del historiador, se convierte toda narrativa de la historia en interpretación. La renuncia a contextualizar y a referirse a todo lo que esté más allá del texto en sí, produce que la historiografía sea más una tarea de crítica literaria de una fuente escrita que una búsqueda de todo lo que pueda aportar información sobre un problema o aspecto del pasado.

Una de las ideas expuestas en esta primera parte (capítulos 4 y 5 en especial) es la concepción nacional-liberal de la historia como elemento integra-

dor de las sociedades «democráticas». Para los autores, uno de los principales problemas y amenazas de la sociedad norteamericana es el hecho de que las autovisiones de las distintas minorías —incluyendo esa extraña *minoría* que es el género femenino— se han convertido en preeminentes y previas a la visión de comunidad «nacional/estatal». En este sentido la historiografía debiera esforzarse por cumplir la misión de otorgar un marco de integración, en la forma de una visión histórica común, que pueda ser compartida por todos los miembros de la sociedad. Esta idea, que en principio se nos muestra como razonable y bien orientada encuentra una mayor expresión en la sección cuarta donde, entre otras cosas, se discute largamente un proyecto para establecer unos estándares de la enseñanza de la historia en la educación primaria y secundaria norteamericana. Dicho proyecto, financiado por un organismo estatal y elaborado por la Universidad de California en Los Ángeles, ponía el acento en las culturas no europeas intentando superar el etnocentrismo habitual en las historiografías occidentales y reconocer el aporte a la historia humana (y americana) de pueblos que no aparecen por lo general en los libros de historia. Los estándares fueron finalmente rechazados por el congreso ante las numerosas críticas desatadas —aunque se les sometió a una revisión que las suavizaron sustancialmente—. Uno de los principales ataques al proyecto, aparte de la «balcanización» de la visión histórica de América y la perspectiva crítica hacia el mundo occidental, era la de que se habían dejado al margen los héroes, los grandes nombres, los protagonistas. Se trataba, pues, de una crítica de resistencia surgida de una percepción tradicional de la historiografía.

En cualquier caso, estos capítulos resultan de extremo interés para los historiadores españoles: los tensiones en torno a los programas de enseñanza de la historia parecen ir creciendo en el sistema educativo español, donde la historia se ha convertido igualmente en campo de batalla entre la visión nacionalista españolista y los nacionalismos/regionalismos alternativos a ella.

Las ideas, revisiones y recuperaciones aportadas por el libro especialmente en sus partes segunda y tercera (donde se encuentran los ataques más duros al postmodernismo junto con reflexiones teóricas sobre la práctica historiográfica) son puestas a prueba en la sección final, la quinta, donde, como hemos dicho, se presentan aportaciones concretas. Y es aquí donde nos damos cuenta de que el monte esta vez tampoco ha dado a luz más que ratones. Porque los cuatro artículos presentados como ejemplares (uno sobre la interrelación del socialismo y el capitalismo en la formación de la sociedad americana, una reflexión sobre historia de la ciencia, un microhistórico análisis de una fábrica de cerveza mejicana a principios del siglo XX y una crítica del valor de los datos históricos recogidos en la literatura a

partir del ejemplo de William Faulkner), incluso aunque contengan brillantes ideas (en especial el de Martin J. Sklar sobre capitalismo y socialismo) y supongan excelentes piezas de trabajo histórico, no transmiten ninguna renovación ni metodológica ni temática. Y, de hecho, resulta difícil pensar artículos como el minimalista y pormenorizado recuento del trabajo en la fábrica de cerveza escrito por John Womack, si no tenemos en cuenta la ruptura liberadora traída por los «postmodernos». Aunque también es cierto que el artículo no podría haber sido escrito dentro de los nuevos dogmas creados por ellos.

El otro gran enemigo que planea en el libro, los «estudios culturales», (o mejor dicho, el miedo de la disolución de la historiografía dentro de la antropología o unas vagas ciencias sociales) es también problemático. Las nuevas ciencias culturales (*Cultural Studies*, *Kulturwissenschaften*) han aportado una interminable lista de nuevos sujetos de investigación, de nuevas fuentes y de aproximaciones innovadoras cuya necesidad parece ahora obvia, aun cuando no hace mucho el análisis de aspectos como la música popular o la sexualidad estaban ausentes de las preocupaciones generales de los historiadores. Y es que resulta más fácil, al parecer, burlarse de un escrito sobre el significado histórico de la menstruación (p. 2) que de un artículo sobre cualquier tratado diplomático que ni siquiera llegara a entrar en vigor, aún cuando aquel fenómeno haya afectado a la mitad de la humanidad y el tratado por su parte careciera de importancia alguna. Sin embargo los conceptos de prestigio de la sociedad han concedido unos valores distintos —superiores— a los aspectos estrictamente *políticos*, dejando al margen ámbitos como la percepción de la biología, que como todo fenómeno humano, resulta —en parte— culturalmente construida.

La solución no está, por supuesto, en dar la vuelta a la tortilla como pretende el nuevo academicismo norteamericano objeto de la crítica en el libro. Privilegiar en exclusiva una toma de posición historiográfica no supone más que dejar al margen otras posibilidades no menos válidas. De ahí, que el miedo a una inmersión en las ciencias sociales, en especial en la antropología, que afecta a algunos de los autores del libro, se revele totalmente justificado, a juzgar por las abstractas y ahistóricas producciones de muchos de los historiadores americanos de última hora (aunque los «cultural studies» en versión británica —James Curran o Stuart Hall— o alemana —Karl Schlögel o Heinz D. Kittsteiner— son otra cosa muy distinta). Sin embargo, no podemos dejar pasar la aportación principal de las perspectivas antropológicas: la valoración de la centralidad del concepto de cultura para todo análisis de la realidad humana. Y es que podría decirse que todo se reduce a cultura, incluyendo las prácticas económicas y su comprensión o la forma en que se produce, desarrolla y difunde el conocimien-

to científico. Porque puede que sea un hecho que la tierra gira alrededor del sol, pero hizo falta un concreto desarrollo cultural para que fuera posible «descubrirlo». El mecanismo por el que este desarrollo se produzca es cosa aparte y, a fin de cuentas, ya lo entendamos como progreso en su sentido decimonónico o como dinámicas complejas no lineales contemporáneas, menos decisivo. Lo principal es que todo fenómeno humano está *empotrado* en cultura.

Como conclusión podemos quizá intentar expulsar los demonios de las palabras: lo que en EE.UU. se entiende por «postmodernismo», convendría mejor denominarlo «relativismo radical» o «textualismo extremo». Son estos manierismos los que tarde o temprano serán superados (y seguramente sustituidos por otros distintos). Otros aspectos o lecturas del fenómeno postmoderno (desde la atención a los elementos metahistóricos, es decir a las fronteras del lenguaje del propio investigador, hasta el énfasis en la forma —y en la libertad— de la retórica explicativa, desde la comprensión de las limitaciones de la perspectiva propia, y con ello la desconfianza ante las «verdades» supremas, hasta la superación del fetichismo de las fuentes) resultan aportaciones a la historiografía que no desaparecerán pronto.

Sin embargo considero muy pertinente la crítica al fenómeno desarrollada en el presente libro. La reivindicación de la honestidad del oficio de historiador que destilan estas páginas me parece de suma importancia y a este respecto quizá convendría que todo historiador en ciernes leyese al menos uno de los artículos contenidos en este volumen. Se trata de «Living in a Scottish Record Office», firmado por Deborah A. Symonds. Su hermosa y práctica descripción de lo que supone escribir historia nos devuelve la confianza en el sentido de nuestra profesión, algo que el extremo relativismo postmoderno, con sus esterilizantes prejuicios amenazaba con quitarnos.

José María FARALDO

PAREDES, Javier (coordinador): *Historia Universal Contemporánea*. Colección Ariel Historia. Barcelona, Ariel, 1999. 2 volúmenes. 952 pp.

Esta *Historia Universal Contemporánea*, coordinada por el prof. Javier Paredes y editada por Ariel en su colección de Historia, consta de 21 capítulos, escritos todos ellos por especialistas de los temas que abordan. Su estructura, en dos volúmenes, permite una aproximación diferenciada a los siglos XIX y XX. El primero de ellos cubre —como indica su título— *De*

las Revoluciones Liberales a la Primera Guerra Mundial y el segundo *De la Primera Guerra Mundial a nuestros días*. Esta división de la Historia Universal Contemporánea es una división muy clásica en las historiografías de influencia francesa, como la que se desarrolla en España. También los planes de estudio de nuestras universidades recogen la misma cronología. Por tanto, para los estudiantes, la organización de la obra resulta muy didáctica. Por otra parte, la referencia a hechos históricos del siglo XVIII es muy adecuada puesto que constituyen los prolegómenos del Ochocientos y sin ellos los planteamientos explicativos de dicho siglo quedarían escasamente fundamentados. Se necesita, pues, una primera aproximación al último tercio del siglo XVIII, especialmente a la Ilustración y al inicio del Liberalismo con las primeras Revoluciones Burguesas —Guerra de Independencia de las Colonias Británicas en América del Norte; Revolución Francesa, etc.. —, para poder analizar el siglo XIX en todas sus dimensiones. Por otra parte, tampoco la fecha de 1900 es significativa. Evidentemente, el tiempo cronológico difiere del tiempo histórico, ya que los procesos no se desarrollan de acuerdo con la ordenación —puramente convencional— de nuestro calendario. En este sentido, el primer volumen llega hasta 1914 —Primera Guerra Mundial— porque el conflicto bélico es consecuencia de las tensiones en las relaciones internacionales de las décadas anteriores, colofón de la carrera imperialista de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del siglo XX.

Abordar uno por uno los distintos capítulos de los que consta la obra sería demasiado prolijo. Sí es necesario apuntar que los autores que se han encargado de cada uno de los temas perciben con claridad los problemas que plantean, ya que se trata de profesores de universidades españolas de reconocido prestigio, especialistas y buenos conocedores del proceso histórico que analizan, lo que les mueve a profundizar, aunque deban ceñirse necesariamente a un espacio restringido, en las cuestiones propuestas.

En cuanto a la bibliografía incluída al final de cada uno de dichos capítulos, es necesario decir que no es homogénea. En algunos casos, dicha bibliografía es comentada por el autor, lo que la hace doblemente interesante para los lectores o los estudiantes que quieran conocer aspectos más complejos del tema. Otras, aunque no se comenten, incluyen tanto obras clásicas como estudios de reciente aparición, incorporando así los últimos aportes historiográficos. Sin embargo, en algunos casos, los libros recomendados, aunque hayan sido la base fundamental del capítulo y, en su momento, fueran de obligado conocimiento, resultan algo antiguos. Esto no significa que todo escrito aparecido recientemente tenga mayor valor que los de hace unas décadas, ya que muchos de ellos no contribuyen a un

mejor conocimiento del acontecer histórico. En cualquier caso, muchos de ellos suelen incorporar nuevas tendencias historiográficas que pueden resultar muy interesantes; de ahí la ventaja de una bibliografía equilibrada, con obras clásicas y análisis recientes que completen o, en su caso, refuten los contenidos de las anteriores.

En su conjunto, esta *Historia Universal Contemporánea* resulta muy adecuada no solo para su utilización como manual universitario, sino también como apoyo a los profesores de Segunda Enseñanza, sin olvidar su utilidad como lectura para aquellos que estén interesados en los acontecimientos y en el análisis de los problemas surgidos en el mundo, desde la aparición del pensamiento ilustrado, que acabó con toda la estructura política, económica y social del Antiguo Régimen, hasta nuestros días, en los que el complejo entramado de elementos tan diversos y heterogéneos como los que integran el momento histórico actual, exige una profunda reflexión, y un intento de intelección absolutamente necesario de cara al próximo milenio.

Maria Alicia LANGA LAORGA

DUROUX, Rose y MONTANDON, Alain (eds.): *L'émigration: le retour*, Clermont-Ferrand, Université Blaise-Pascal, 1999, 606 pp.

La dedicación prestada en Francia a los temas de la emigración, de la inmigración, a los éxodos y a los exilios cuenta ya con una apreciable tradición y se haya en continuo crecimiento. Baste recordar los renovadores análisis de Gérard Noiriel, los congresos reunidos por Pierre Milza, los estudios de Geneviève Dreyfus-Armand sobre el exilio republicano y, para el caso de las migraciones hispanas en general, los seis números publicados de la revista *Exils et migrations ibériques au XX^e siècle*, dirigida por Andrée Bachoud. Se trata de un tema que durante mucho tiempo ha sido minimizado por la historiografía, pero que la actualidad se encarga de poner continuamente en el centro del debate público, en nuestros países y en los lugares más variados del mundo. Las migraciones y los exilios son siempre fenómenos dolorosos, en los que los hombres sufren el desarraigo, el rechazo, la nostalgia y las dificultades de todo tipo que impone la necesidad de adaptarse a la vida en un medio social ajeno al suyo. Son además fenómenos con un impacto profundo, tanto en las sociedades de origen como en las de acogida, que plantean los eternos problemas de la identidad, el sentimiento de pertenencia, la actitud ante el otro, etc. Es comprensible que las nuevas tendencias historiográficas, preocupadas por la construcción social

de las identidades y por ofrecer una visión subjetivista de lo social, haya encontrado en esos fenómenos un filón de enorme riqueza para explotar.

En este grueso volumen se publican las numerosas colaboraciones (46) que se reunieron con motivo del congreso convocado con el mismo título en enero de 1998 en la Universidad de Clermont-Ferrand. En esa ocasión la reflexión se concentró en uno de los aspectos menos conocidos del exilio o de la expatriación: el retorno, la vuelta o la reemigración hacia el país de origen. Como explican los propios editores en el prefacio, el retorno es casi siempre «una nueva experiencia de la alteridad... la de lo propio y de lo íntimo convertido en algo lejano, la de lo mismo convertido en diferente. Paradoja del nativo convertido en extranjero dentro de su propio país». Quienes se marcharon cambian como consecuencia de los viajes, de los contactos, del sufrimiento y de las aventuras, pero el país que dejaron también se transforma con el paso del tiempo. El reencuentro, cuando se produce, casi nunca es fácil y las más de las veces resulta doloroso. La aceptación del exilio, la multiplicación del sentimiento de pertenencia, el difuminamiento de la patria, son realidades que dificultan el retorno o que lo convierten en una experiencia espinosa. Raros son los casos en los que la vuelta se convierte en un recibimiento triunfal. Mi generación asistió a la vuelta, durante los años de la transición, de numerosos emigrantes y exiliados, de forma anónima la mayoría de ellos, de forma pública en el caso de algunas personalidades intelectuales como Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga, Rafael Alberti, o políticos como José Prat o la Pasionaria. Casi ninguno recuperó la influencia y el ascendiente que habían tenido, y aún en los casos en los que no les ahogó la indiferencia y el olvido —piénsese en figuras de la talla de Américo Castro o de José Bergamín— el reconocimiento que recibieron contenía un alto grado de condescendencia hacia quienes eran considerados como testigos y símbolos de una historia concluída y definitivamente pasada. Las nuevas generaciones de españoles no podían evitar la perplejidad ante esos repatriados que aparecían como sombras de un pasado lejano, como si fueran viñetas de los libros de historia que súbitamente cobraban vida de nuevo.

La emigración siempre plantea problemas económicos, culturales y sociales, pero también y sobre todo plantea el problema de la identidad, agudizado si cabe en el caso de los emigrados o exiliados que vuelven. El fenómeno del retorno es inseparable del papel que juegan la memoria, el olvido, la imaginación, el sueño y la realidad, y suele ir asociado a sentimientos encontrados de atracción y rechazo, de esperanza y desesperanza. Hay quien rompe definitivamente con su pasado, y quien nunca se ha marchado en su interior y vive atormentado por la nostalgia. Por eso los responsables de la obra acertaron al abordar el estudio de la cuestión desde

una perspectiva pluridisciplinar, conjugando el análisis de textos literarios que tratan el retorno desde el punto de vista de la ficción y de la escritura, con estudios sociohistóricos sobre movimientos de retorno individuales o colectivos a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. En el primer caso se analizan sus manifestaciones en forma de discursos poéticos o novelescos, en el cine o en la pintura, las autobiografías o los diarios íntimos. Incluso se cede la palabra a los testimonios directos en la última sección del libro. En los estudios de casos desde un punto de vista sociohistórico se aprecia la pluralidad de factores que determinan la reemigración al país de origen: presiones de tipo económico, político o ambiental, grado de integración o de asimilación, etc. y la variedad de formas en que se produce la readaptación, desde la relativamente afortunada de la élite liberal que se exilió en Europa a principios del siglo XIX, al goteo de los republicanos que volvían como vencidos durante el largo franquismo.

La universalidad del tema del indígena convertido en extranjero permite reunir estudios que tratan los periodos más variados y las áreas geográficas más diversas, desde el mito de Ulises o la vuelta de Regulus a Roma hasta el retorno en la Argentina actual o la Alemania reunificada. Los protagonistas son tanto los personajes anónimos, con recorridos estandarizados (los campesinos de Cantal, los *afrancesados* del siglo XIX, los *indianos* de Galicia, los niños evacuados de la Guerra Civil española, los republicanos exiliados en Francia...), como los grandes intelectuales que vivieron la experiencia del exilio (Unamuno, Bernanos, Jorge Semprún, Max Aub, Francisco Ayala, Alberti, José Bergamín, Rosa Chacel...). En la rica variedad de aportaciones, dominan las comunicaciones que pertenecen a los estudios literarios (24) y las que estudian el fenómeno en el área hispana o latinoamericana (34), especialmente las que tratan de los desplazamientos de población entre España y Francia, fenómeno secular impulsado tanto por necesidades económicas como por acontecimientos políticos. Resulta difícil establecer, a partir de esta acumulación de estudios desde perspectivas tan diversas, una tipología del retorno: hay retornos conseguidos y otros fracasados, los hay discretos y clamorosos, rápidos y lentos, felices y tristes...

Como todas las publicaciones que resultan de la celebración de un congreso, se trata de una obra polifónica y variada, pero en este caso esa característica está más justificada que nunca por abordar un fenómeno heterogéneo y difícilmente reducible a esquemas simples. Aceptando la complejidad del objeto, los responsables de la obra han acertado al analizarlo desde múltiples perspectivas, y con una aproximación comparativa implícita. Por otro lado, dada la realidad profundamente humana de los fenómenos que se estudian, el lector se siente a menudo interpelado y puede resultar difícil en

ocasiones contener la emoción ante ciertas evocaciones, realizadas con un sentimiento y una intensidad conmovedoras. Sirva pues esta obra para abrir amplias vías a la reflexión y a la profundización a través del estudio de nuevos casos.

Antonio NIÑO

GOBERNA FALQUE, Juan R.: «*Civilización. Historia de una idea*», Santiago de Compostela, Monografías da Universidade de Santiago de Compostela, 1999. 277 pp.

La aparición de «*Civilización. Historia de una idea*» supone un hito significativo dentro del panorama historiográfico español. Estamos ante la primera obra que se sitúa de forma explícita en la estela de la *historia teórica* propugnada por el profesor J. C. Bermejo Barrera. Se trata de un trabajo al que, tal vez, le falte lo chispeante, lo sugerente y lo proteico de la obra de su maestro, pero que ofrece, a cambio, una diáfana estructura general y una sensata organización de sus ideas. En Juan Goberna, encontramos, sin duda, un formidable epígono del autor de la «*Fundamentación Lógica de la Historia*».

Tal y como Goberna señala al final de su texto, la *historia teórica*, en un primer nivel, tiene como objetivo desarrollar un *psicoanálisis del conocimiento histórico* que sirva para desenmascarar el uso irreflexivo de determinados conceptos por parte de los historiadores; es decir, para llevar a cabo una gran purga del aparato conceptual con el que se construyen la mayor parte de los libros de historia. Dicha purga tendrá un carácter genealógico que sorprenderá a los conceptos en el momento de su emergencia y captará su procedencia. Para el autor, los conceptos no se pueden tomar como entidades definidas a lo largo del tiempo; por ello, habrán de ser analizados en sus metamorfosis; será necesario desentrañar aquello que se esconde en el interior de su carcasa significativa. Su evolución resulta sorprendente. Algunos se usan durante centenares de años, siguiendo una mera impronta secular: da tanta pereza cambiar. Otros conviven con sus dudosos sinónimos, acercándose y alejándose de ellos por puro azar. Incluso, una buena parte, funda su buena salud en que cada uno los entienda como quiera, haciendo la vista gorda ante posibles contradicciones. Conviene, no obstante, señalar que la construcción y el desarrollo de los conceptos usados en historia, no suele ser obra de historiadores. Por ello, establecer una genealogía de *Civilización* o *Cultura*, nos habrá de llevar a otros campos del conocimiento, donde, al margen de su mayor o menor preca-

riedad, se da una voluntad especulativa de más alcance que en nuestra disciplina.

«*Civilización. Historia de una idea*» no es más que la desapasionada descripción de una idea errante y sus curiosas transformaciones. En su manifiesta voluntad de «*acabar con la prepotencia del sujeto en el terreno epistemológico*» (p. 274), Goberna aparece bajo la prosa de este libro como *une sorte de regard dissociant capable de se dissocier lui-même*, que en el único momento en el que toma su voz propia, lo hace para decir que hay que combatir y destruir a ese sujeto que quiere hablar con su propia voz, para así, «*liberar al discurso histórico de una de las ataduras que lo constituyen, y facilitarle de este modo una vía hacia su propia aniquilación, que no dejaría de constituir una liberación de aquéllos a quienes condena al silencio*» (p. 274).

Para desarrollar su estudio, el autor construye un tríptico cuyas partes analizan por separado la evolución del concepto Civilización en tres ámbitos lingüísticos, el francés (*Civilisation*), el alemán (*Kultur und Zivilisation*), y el anglosajón (*Civilization*). Ahí reside la primera lección de esta obra. La traducción es una herramienta de alcance limitado. Las palabras, incluso aquellas que parecen más claramente *true friends*, se dan de puñaladas en el nivel de los significados. La construcción de esos significados avanza azarosamente a golpe de imitaciones y malentendidos. Es cierto que si bien se nos brindan algunos esbozos comparativos, habría sido deseable una mayor imbricación, un mayor entretrejimiento de los conceptos contemporáneos de Civilización en las diferentes áreas. Ahora bien, lo mejor es enemigo de lo bueno. Tal secuencia unitaria habría echado por tierra la claridad expositiva de esta obra; sin duda, una de sus virtudes más manifiestas.

Tras sus primeros pasos dentro del ámbito jurídico, la palabra *Civilización* experimentará a mediados del s. XVIII un giro considerable que la hará derivar en una multitud de significados. Mirabeau, la concebirá como un proceso que busca el avance moral hacia una mayor decencia y urbanidad. Autores como Boulanger o Linguet, serán ya partidarios de aplicar ese modelo civilizatorio a los pueblos que carecen de él. En general, los pensadores de la segunda mitad del s. XVIII irán dándole vueltas a dicha palabra, atribuyéndola a las experiencias históricas (D'Holbach), al progreso de las letras (Goguet) o a la ascensión ilustrada hacia la razón (Diderot). Con Condorcet, *civilisation* se convertirá en un término de autoridad sagrada que servirá para demonizar a su contrario. La defensa de la misma legitimará incluso el recurso a la violencia y se erigirá en un fundamento legal para la colonización. La Francia revolucionaria sería para este autor el faro de la *civilisation*. Al mismo tiempo, se irá configurando el plural *civilisa-*

tions, que marcará de qué modo los factores espirituales, religiosos, políticos y materiales que determinan la vida de una comunidad, la hacen diferente del resto. Al asumirse la existencia de diferentes *estadios de civilización*, nuestro concepto pasará a justificar la conquista de los pueblos «sin civilizar». *Civilisation* (también *culture*) aglutinará en sí las ideas de devenir, perfeccionamiento, movimiento y progreso, convirtiéndose en un perfecto sustituto de la idea de Dios. Según Goberna, tres serán los rasgos que definirán a ambos conceptos: optimismo, universalismo y etnocentrismo. Con Napoleón, la *civilisation* se vinculará a la idea nacional, y así, la *civilisation* francesa se convertirá en la guía del mundo. Con esa herencia, en el s. XIX, el concepto *civilisations*, dividirá a la *civilisation* en provincias autónomas. Para Guizot, Francia, Rusia o Inglaterra, pertenecen a la misma familia de *civilisation* pero, en su interior, unos estados estarían más avanzados que otros. La nación más cercana a la esencia del término es la francesa. Este autor tomará la *civilisation* como un hecho empírico susceptible de ser analizado, lo estudiará como tal y descubrirá a partir de él leyes generales. El individuo habrá de adaptarse completamente a la *civilisation*. La *civilisation* del s. XIX aparecerá como un concepto que causa una impresión favorable y se presta a todo tipo de manipulaciones, hasta el punto de que puede hablarse de toda una ideología de la civilización, que haría de occidente la forma más elevada de evolución social y ampararía la misión colonizadora de éste como única vía de salida para los pueblos atrasados. El concepto de civilización es, de este modo, uno de los puntales de la ideología colonial. Naturalmente, la cabeza de este potencial civilizador será Francia, heredera directa de Atenas y de la Roma clásica. La guerra francoalemana de 1870-1, marcará una cesura. La derrota francesa dejará paso a las reflexiones sobre la decadencia y a las críticas al imperialismo (Montlosier, Flaubert, Baudelaire). El s. XX, por su lado, traerá la idea de que la *civilisation* no puede definirse más que por la historia (Maurras), por una historia que se remonta a los griegos y que la diferencia de las *civilisations* bárbaras. Desde la Primera Guerra Mundial, en Francia se iba a producir un movimiento de demonización de la *culture allemande* (= barbarie) frente a la *civilisation française* (= civilización). *Kultur* y *civilisation* se convierten «en unas palabras de combate que asumen una función política, la de la movilización nacional» (p. 77). No obstante, tras la guerra, *culture* se verá influenciada por la noción alemana y se aproximará a *civilisation*. En todo caso, como se ha señalado ya, predominará un sentimiento de decadencia (Gide, Valéry) que llevará a volver la cabeza hacia otras civilizaciones, especialmente hacia las orientales (Rolland). El proceso de descolonización traerá aparejada la quiebra del uso normativo de *civilisation*. El final de la *grandeur* de Francia supondrá el hundimiento del concepto.

A la par, la pérdida de peso de valores tradicionales tales como humanidad, libertad o progreso, contribuirá al hundimiento de *civilisation* como idea dirigente. Desde ese momento, empezará a ponerse mayor énfasis en el adjetivo que en el sustantivo; así, tendremos *civilisation européenne*, *civilisation atlantique*, *civilisation occidentale*, *civilisation matérielle*, *civilisation technique*, *civilisation industrielle*, etc. En el ámbito de las ciencias sociales francesas Durkheim, Mauss o Lévi-Strauss, ensancharán los límites del concepto, más allá de lo nacional y tratarán de suprimir su impronta evolucionista y etnocéntrica para acabar metamorfoseándolo en la idea de mentalidad. Por su parte, Fernand Braudel, considerará la *civilización* como un «*hecho totalizador*»; concebirá la suya como una historia de la/s civilización/es o de la/s cultura/s y pretenderá elaborar una *historia total* a partir de historias particulares de todos los ámbitos posibles: lengua, literatura, ciencias, arte, derecho, instituciones, sensibilidad, costumbres, técnica, creencias, religiones, vida cotidiana, gustos... etc., sin conseguir, pese a ello, una explicación unitaria.

Para seguir el rastro del concepto de civilización en el ámbito germano, nuestro autor analizará dos conceptos diferentes: *Kultur* y *Zivilisation*. La imagen del cultivo agrícola de *Kultur*, pasó con relativa prontitud al campo del pensamiento, por mor de S. Pufendorf, que ya en 1684, la oponía al estado natural y de barbarie. Sin embargo, habría que esperar hasta mediados del s. XVIII para verla asociada a las ideas de educación y refinamiento (Herder, Kant, Mendelssohn, Fichte, von Humboldt... etc.). No obstante, en esa época aún se asociaba a la personalidad individual. Ahora bien, desde el s. XIX, la idea de *Kultur* como *cultivarse*, desaparecerá. Será con Jakob Burckhardt con quien *Kultur* pase a identificarse con la expresión de un cuerpo histórico homogéneo, pasado o contemporáneo. Según él, el espíritu de un pueblo se expresa en sus direcciones culturales y en sus costumbres. Esa *Kultur* se opondría a *Natur*. A partir de ese momento, *Kultur* significará muchas cosas: formación, ciencia, arte y lengua. Unos pondrán el énfasis en los aspectos espirituales; otros, en los materiales. «*Esta unión con los aspectos materiales hizo del concepto de Kultur de ese siglo un sinónimo de la Zivilisation, mientras que, al mismo tiempo, su relación con los aspectos espirituales y artísticos contenía el germen latente de la posterior antítesis.*» (p. 120). En la misma época que *Kultur*, se desarrolló en el ámbito germánico su concepto rival: *Zivilisation*, adoptado a fines del s. XVIII desde Francia e Inglaterra. Para entonces, el término *Kultur* ya se había aceptado y el espacio que podría haber pertenecido a *Zivilisation* estaba ya ocupado. Pese a que, en la primera mitad del s. XIX, se habían desarrollado elementos que permitían vislumbrar las diferencias teóricas de ambos términos (Wolf, Pestalozzi), en la práctica éstas no eran tan claras y,

hasta finales de ese siglo, ambos términos se usarán como sinónimos, vinculados a la idea de que el progreso guía la historia de la humanidad. Ya en Nietzsche, *Kultur* recogerá en su seno los valores positivos (arte, literatura, religión, ciencia, formación, educación), mientras que *Zivilisation* albergará «lo superficial, lo carente de valor, lo inhumano, lo meramente intelectual, lo transferible, lo internacional, lo técnico, lo mecánico y lo económico». (p. 157) La Primera Guerra Mundial haría estallar las diferencias entre ambos conceptos. *Kultur* pasó a equivaler a lo alemán, lo auténtico, lo superior y lo íntimo; *Zivilisation*, a lo extranjero, lo racional, lo desintegrador, la confrontación política, lo antialemán. Se acabará ligando el destino de la *Kultur* a la fuerza militar. Así, *Kultur* encarnará las esencias alemanas en su devenir y *Zivilisation*, el intelectualismo disecado y la mecanización. Oswald Spengler en su obra «*La Decadencia de Occidente*» que, en lo fundamental, comparte los argumentos que diferencian a ambos conceptos, dirá que cada cultura tiene su propia civilización. Cuando las fuerzas creativas de la cultura decaen, se inicia la transición hacia la civilización, en la que todos los valores pierden su relieve y se invierten todas sus formas. «*La tesis más popular de Spengler es que Occidente ha entrado en el período de la Zivilisation con todas sus connotaciones negativas.*» (p. 176) Por otro lado, las culturas alcanzan estadios de desarrollo asimilables a los humanos, a saber, infancia, juventud, madurez y decadencia. Goberna trazará un recorrido exhaustivo por los niveles epistemológico, histórico-filosófico e ideológico del pensamiento de Spengler, crucial en el marco de la reflexión sobre estos conceptos. En otros autores, más eclécticos, como W. Wundt, F. Meinecke o A. Weber si permanece la antítesis, lo hace de manera algo más atenuada. N. Elias, por su lado, concebirá la *Zivilisation* como algo dinámico, mientras que *Kultur* sería algo más estático. A partir del primero, se desarrollan pueblos colonizadores y expansivos, reduciendo las diferencias nacionales; a partir del segundo, se remarca más la peculiaridad nacional. Tras la Segunda Guerra Mundial, se tratará de eliminar las contradicciones entre ambos términos; para ello, la palabra *Zivilisation* desaparecerá prácticamente frente a *Kultur*. En todo caso, nada tendrá que ver el concepto *Kultur* de la RFA y el de la RDA. Ésta última asociará el término al ruso *kultura*, que no había desarrollado ninguna oposición a civilización. En general, *Kultur* ha acabado casi como sinónimo de *Volk* (pueblo); será normal oír hablar de las culturas africanas, francesas o alemanas. La vulgarización del término ha llevado a la proliferación de usos tales como *subcultura*, *cultura del trabajo*, *cultura culinaria*.....

Por último, en el ámbito anglosajón, Goberna analiza el incierto nacimiento de *civilization*, que bien pudo producirse por influjo de Francia, bien de forma autóctona (Ferguson, 1759). «*Civilisation, en francés, podía*

expresar la aspiración a mejoras futuras en los más variados campos; civilization, en inglés, tenía que quedarse en valores ya alcanzados.» (p. 221), de ahí el carácter más progresista del término en Francia que en Inglaterra. Ahora bien, el uso del término en inglés fue bastante desapasionado hasta mediados del s. XIX, cuando Inglaterra empezó a ser considerada como cabeza de la civilización (A. Mackay, H. T. Buckle). Edward B. Tylor, por su parte, planteará un concepto de *culture*, influido por el alemán *Kultur*, muy semejante al de *civilization*. Para él, «*la Cultura o la Civilización, tomada en su amplio sentido etnográfico, es ese completo conjunto que incluye el conocimiento, las creencias, las artes, la moral, las leyes, las costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad.*» (p. 224). Con ello, *culture* y *civilization* se zafan de sus significaciones anteriores, cargadas de juicios de valor. Su expresión *cultura primitiva*, romperá con la idea de cultura como progreso, y ya no afectará a un individuo sino a toda una sociedad. Durante parte de la primera mitad del s. XX, la *civilization* será ante todo una elevación de la *culture* en su sentido etnológico, una forma desarrollada de *culture*. Ahora bien, con el tiempo, esta sobrevaloración se irá poniendo en duda. Poco a poco, el término *culture* habría ido ganando terreno porque hacía falta un concepto descargado de toda implicación de valor, y *civilization* iba aparejado a la ideología evolucionista. La sociología, por su parte no establecerá ninguna gran antítesis entre *culture* y *civilization*. «*Si hay una diferencia, es que el término civilisation incluye solamente las mayores cultures, pero que todas las sociedades humanas igualmente poseen culture, más o menos importantes, avanzadas o retrasadas.*» (pp. 236/7) *Civilization* iba a formar parte de los slogans bélicos de las dos guerras mundiales, entendidas como momentos en los que la misma estaba siendo atacada. Esa *civilization* se extendía desde el individuo a toda la sociedad. Arnold Toynbee, en su «*Estudio de la Historia*» mostrará una menor vocación ideológica y filosófica que la manifestada por Spengler. Por ejemplo, no define los conceptos que usa, por lo que a veces, éstos presentan un carácter contradictorio. De forma análoga al autor alemán, establecerá una serie de fases por las que pasan las civilizaciones desde su génesis hasta su desintegración y contemplará la idea de cómo unas civilizaciones serán precursoras de las siguientes. Para él, la *culture* es el «*conjunto de las expresiones vitales, tanto espirituales como materiales*» (p. 252), siendo las *cultures* estadios intermedios de desarrollo desde el nivel primitivo hasta la civilización. Las *societies* serán, en su esquema, *cultures* menores, incompletas y menos desarrolladas en comparación con las civilizaciones. «*Las cultures son consideradas también por Toynbee como primary civilizations, que surgen directamente de las primitive societies. Las civilizations propiamente*

dichas (las secondary civilizations), por el contrario, se han desarrollado a partir de las primary civilizations.» (p. 254).

A pesar de sus crisis, el concepto de civilización «*sigue estando ahí, en una posición de fortaleza, presto a ser utilizado por los intelectuales, por los científicos sociales de todos los signos, cargado de los mismos elementos irracionales y justificado por los motivos que allá por 1756 hicieron útil su empleo.*» (p. 262). A la luz de la historia teórica, la idea de civilización se caracteriza por una *dimensionalidad variable* tendente a la *pluridimensionalidad*. De Burckhardt a Braudel se manifiesta una voluntad de incorporar nuevos objetos de estudio al servicio de una cierta idea de totalidad. Pretende, además, ser un *movimiento progresivo*, por un lado, y un *estado determinado*, por otro. Frente a ese carácter progresivo y finalista del concepto se alzarán voces demandando que cada civilización sea valorada en función de sí misma (antievolucionismo y relativismo cultural). A su vez, el concepto de civilización se ha configurado como un discurso basado en la exclusión y, por ello, supondrá el silenciamiento de muchos otros temas de estudio. Para Goberna, la idea de civilización y la sinónima de cultura han entrado definitivamente en crisis. «*Al ser sustituida la unidimensionalidad por la infinidad de dimensiones, al perder el carácter lineal y asumir la plurilinealidad, al no admitirse generalizadamente la idea de subordinación entre civilizaciones y épocas de civilización, al no aceptar una necesidad histórica omnipotente que acaba por justificar el orden mediante las estrategias de exclusión, esa vieja idea se nos ha quedado inservible. Sin embargo, no parece que surja otra que pueda sustituirla.*» (p. 266) Nuestro autor opina que la apertura de la Historia de la Civilización hacia lo «otro» y su abandono del principio de exclusión, necesitarán un marco en el que la Historia no se limite a reproducir y exaltar los valores de una sociedad determinada, sino que se enraice en valores morales de validez universal, que a nivel político y jurídico se plasmarían, por ejemplo, en la Declaración de los Derechos del Hombre.

Quizás esta obra le suma al historiador practicante en una profunda sensación de perplejidad y, muy posiblemente, en una insondable decepción por la fragilidad manifiesta de los conceptos que en ella se estudian y por el escaso valor gnoseológico que éstos traslucen. Y, no obstante, no es el historiador el único afectado en este incendio; *civilización*, igual que *cultura*, se ha utilizado, y se utiliza, para levantar numerosos edificios etnológicos, antropológicos, sociológicos, políticos, etc. Goberna se limita a recoger y despertar la sensación de gratuidad e inconsistencia epistemológica de esos conceptos. ¿Por qué han existido, entonces? Por que han servido para legitimar los poderes que se hallaban detrás de los diversos discursos que hacían uso de ellos; unos discursos etnocéntricos, sexistas e identitarios que

iban desde el sujeto hasta el sujeto. El discurso histórico no ha sido una excepción.

La idea de civilización ha venido desarrollando su particular *mascara-de* desde el siglo XVIII, como queda de manifiesto en su continua búsqueda de una definición. «Civilización. Historia de una idea» expresa abiertamente su carácter desenmascarador. Los conceptos discurren como un gran carnaval grotesco. El historiador que lleva a cabo su genealogía tiene el papel del aguafiestas que corre entre la multitud, desnudando los rostros, desgarrando los disfraces.

Pedro A. PIEDRAS MONROY

SANAHUJA, José Antonio *Ayuda económica y seguridad nacional. La ayuda externa de Estados Unidos, del Plan Marshall a la posguerra-fría*. Madrid, Entinema, Serie Contextos de Ciencias Sociales, 1999. 126 pp.

La utilización de la ayuda externa junto a la fuerza militar y la presión diplomática como instrumentos de la política exterior de Estados Unidos y de su «diplomacia económica» ha sido una constante desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

De hecho, probablemente, la hegemonía norteamericana y la evolución de las relaciones internacionales desde 1945, la internacionalización de la economía estadounidense, la conformación de un mundo bipolar y de las relaciones Norte-Sur, no podrían explicarse de forma satisfactoria sin hacer referencia al enorme volumen de dólares que Estados Unidos ha canalizado como ayuda externa —1,1 billones en dólares corrientes de 1992, aproximadamente una quinta parte del PNB norteamericano de ese año—, desde la puesta en marcha del plan Marshall en 1947.

Ese es, precisamente, el objeto de estudio del libro de José Antonio Sanahuja que aquí nos ocupa. Ensayo que el mismo autor define como una revisión reactualizada de parte de su tesis doctoral y en la que realiza un recorrido histórico de la ayuda externa de Estados Unidos a lo largo de siete capítulos organizados cronológicamente de los cincuenta años discurridos desde el Plan Marshall —iniciativa que dio origen al actual sistema internacional de cooperación al desarrollo—, hasta la crisis de la ayuda externa en la posguerra fría.

El estudio del profesor Sanahuja surge con el propósito de estudiar el origen y evolución de la ayuda externa de los Estados Unidos en el marco tanto de su política exterior como de las relaciones internacionales contemporáneas no tanto desde un punto de vista teórico como de lo que define

como «enfoque histórico-estructural» desarrollado dentro de la teoría crítica de las relaciones internacionales y más concretamente en el marco de la «nueva economía política internacional».

La hipótesis principal que subyace a lo largo de la obra puede resumirse en que la ayuda externa de Estados Unidos, debido a sus orígenes y condicionantes históricos e ideológicos, ha estado subordinada principalmente a objetivos de seguridad nacional derivados del contexto de la guerra fría, y en concreto a lograr objetivos diplomáticos y estratégicos de corto plazo, sostener regímenes autoritarios afines a Estados Unidos y financiar conflictos armados en las áreas periféricas de la confrontación Este-Oeste.

No obstante, a pesar de la relativa obviedad de la aseveración se introducen una serie de matices de indudable interés. De una parte, el esfuerzo establecido por el «establishment» político y académico por intentar compatibilizar e incluso lograr que la seguridad nacional norteamericana y el desarrollo económico y social de los países receptores se reforzasen mutuamente, fracasó como consecuencia de la supeditación de la ayuda externa a objetivos de seguridad a corto plazo, dejando los problemas de desarrollo económico y social en segundo plano ante las necesidades estratégicas dictadas por el realismo político asumido por la política exterior de Estados Unidos. Es decir, el divorcio entre discurso y realidad con las implicaciones propagandistas que se superponen en el conflicto bipolar.

De otra, la crisis de la ayuda externa tras el final de la guerra fría ha supuesto un cuestionamiento muy serio de su continuidad al desaparecer su justificación primaria con la caída del bloque del Este y al agudizarse ciertas tendencias aislacionistas latentes que se han intentado limitar desde la Administración norteamericana al buscarse en el entorno de un orden mundial de perfiles no muy definidos nuevos argumentos bajo el común denominador de relacionar seguridad nacional con desarrollo económico social y conflicto Norte-Sur (ayuda humanitaria y al desarrollo) aunque con incierto éxito. Situación que define la crisis de credibilidad de una ayuda que ha tenido unos objetivos declarados muy alejados de sus propósitos reales y que durante décadas se ha mostrado incapaz de generar un desarrollo duradero y que, en definitiva, viene a poner de manifiesto la incapacidad actual de la Administración Clinton para responder a las nuevas demandas generadas en la posguerra fría.

En tercer lugar y ya desde un punto de vista metodológico, Sanahuja no considera, sin embargo, la ayuda externa como una variable autónoma ni un rasgo permanente de la política exterior de Estados Unidos o de cualquier otro actor internacional. Según el autor, su origen y evolución se explicaría a partir de los factores y procesos histórico-estructurales que han dado forma al orden mundial antes y después de la caída del muro. En primer lugar,

el conflicto Este-Oeste y la conformación de «áreas de influencia» entre Estados Unidos y la Unión Soviética; en segundo lugar, el proceso de descolonización y la fractura Norte-Sur; y en tercer lugar, el proceso más reciente de mundialización y globalización económica. No obstante, Sanahuja no desconoce la importancia de los factores internos a la hora de considerar el problema de la ayuda externa de Estados Unidos, aunque quedan fuera de su objeto de estudio.

En definitiva, un libro claro y sencillo en su exposición y riguroso en sus planteamientos a pesar de su corta extensión, que viene a reforzar la bibliografía en castellano sobre los problemas de la ayuda externa, en esta ocasión desde un punto de vista histórico, por parte de un especialista en cooperación y desarrollo.

Antonio MORENO JUSTE

TAIBO, Carlos: *El conflicto de Chechenia. Una guía introductoria*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2000, 94 pp.

Comienza Carlos Taibo su libro con estas palabras: «Chechenia es uno más de los pequeños países situados tierra adentro, al norte de la cordillera del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio. Con capital en Grozni y ubicada formalmente en el interior de la Federación Rusa, hasta 1992 su territorio se vio integrado en la llamada república de Chechenia-Ingushetia, que tenía una extensión de 19. 300 Km²». A partir de esta presentación, Taibo aborda en 11 capítulos —a los que acompaña unos breves apéndices, mapas, una cronología y una bibliografía seleccionada— el desarrollo de los acontecimientos que se producen en el territorio checheno desde el 27 de octubre de 1991, cuando los líderes de Chechenia proclamaron su independencia y eligieron a Dzhojar Dudáiev presidente del nuevo Estado, hasta la guerra de 1999, que aún continúa con Rusia.

En el conflicto de Chechenia se reflejan los grandes problemas que hoy afectan a la Federación Rusa y a su difícil adaptación en el contexto de la postguerra fría. Renacimiento de un discurso imperial, vuelta a un centralismo autoritario —que se ha reforzado con el nuevo presidente Putin—, despliegue espectacular de una omnipresente economía mafiosa, importancia del control de productos estratégicos como el petróleo, conflictos étnico-religiosos, disputas territoriales, devolución del prestigio a un ejército inmerso en una crisis de identidad o temor a una inestabilidad general en el Cáucaso, son los argumentos principales que explican el persistente enfrentamiento y las repercusiones nacionales e internacionales del mismo.

El profesor Taibo, autor de un gran número de libros sobre la Europa centro-oriental y la URSS/Rusia, destaca todavía algunos rasgos más de esta «guerra civil rusa»:

- a) el conflicto responde a las arbitrariedades que han caracterizado la construcción de muchos estados en la diversa Federación rusa;
- b) la situación de crisis económica que viven los chechenos como consecuencia del estado de excepción proclamado por Moscú y la situación de miseria en la que malviven 1,2 millones de personas;
- c) el «doble rasero» con que las grandes potencias de Occidente miden las políticas e intervenciones de los estados en sus territorios, pues si se respondió de una forma inusitada y contundente en Serbia ante su actuación sobre los kosovares, no se ha hecho lo mismo con Rusia y su represión sobre los chechenos, considerado en muchos medios como «un asunto interno».

Con un lenguaje sencillo y didáctico como el que nos tiene acostumbrado Carlos Taibo en sus libros y artículos, el lector podrá ir comprendiendo, y relacionando, todas las claves de un conflicto que desde septiembre de 1999 ha adquirido un nuevo matiz. Ya no se trata de una guerra, dirá Yeltsin, sino de una «ofensiva antiterrorista», en respuesta a los atentados atribuidos a los independentistas. El apoyo de los dos tercios de los rusos, valor muy importante en plena campaña electoral que ha contribuido enormemente al triunfo a V. Putin, ha reafirmado la nueva ofensiva rusa, puesta en manos de tropas de elite y bien pagadas.

No podemos dejar de insistir, en último lugar, en la reacción de la sociedad internacional ante el conflicto checheno. El propio Taibo finaliza su libro con estas palabras: «No está claro, de cualquier modo, si los intereses geoeconómicos occidentales pasan por una Rusia débil o, por el contrario, reclaman de una Rusia que ejerza un férreo control sobre su patio trasero. Si este último horizonte es el más certero, parece fuera de duda que las potencias occidentales le seguirán dando la espalda, en Chechenia, al principio de autodeterminación y que tendremos conflicto para rato». Es, por tanto, uno de los «conflictos olvidados» del llamado «Nuevo Orden Mundial», en el que intentos de condena como el aprobado en el Consejo de Europa, al que pertenece una Rusia dudosamente democrática y no respetuosa con el Estatuto de la organización, han sido paralizados muy recientemente. En definitiva, no es lo mismo ser Rusia en el mundo que Serbia, Sierra Leona o Irak a las puertas del siglo XXI.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

TELO, Antonio José: *A neutralidade portuguesa e o ouro nazi*, Lisboa, Quetzal Editores, 2000, 384 pp.

El profesor António José Telo es, sin temor a equivocarme, uno de los principales historiadores de las relaciones internacionales en Portugal, además de un especialista en temas de seguridad y defensa. Sus actividades académicas en la Universidad de Lisboa y en la actualidad en la Academia Militar, responden a su sólida formación y amplio curriculum. Es autor de una gran número de artículos y libros entre los que destacaría cuatro: *História da Marinha Portuguesa, 1824-1974*; *Portugal e a 2.ª Guerra Mundial* en 3 vols.; *Propaganda e Guerra Secreta em Portugal 1939-1945* y *Os Açores e o controlo do Atlântico*.

He querido comenzar esta recensión sobre el último de los trabajos de Telo por cuanto su amplia obra es muy desconocida en España, como casi toda la historiografía portuguesa contemporánea.

Pero también para destacar la importancia y la valoración que se le da en nuestro querido país vecino a la Historia en general, y a las relaciones internacionales en particular, desde instancias oficiales. Basta leer quién ha patrocinado esta obra: el Ministerio de Negocios Extranjeros y el Instituto Diplomático portugués. Junto a ello hay que mencionar el apoyo oficial a la Asociación Portuguesa de Historia de las Relaciones Internacionales, que presidió durante varios años Antonio Telo, y al mismo tiempo las publicaciones oficiales de documentos diplomáticos —recordemos aquí los 15 volúmenes publicados entre 1961 y 1993 bajo el título *Dez Anos de Política Externa*—. Comparemos esta situación con la que nos encontramos en España y llegaremos a conclusiones muy interesantes.

El contraste entre Portugal y España se aprecia también de nuevo en el polémico asunto del oro nazi durante la II Guerra Mundial. Recordemos que en 1997 las víctimas del holocausto comenzaron una cruzada internacional en la que reclamaron el oro depositado por ellos en el Banco Nacional Suizo, principal receptor de las reservas robadas por Hitler. El senador norteamericano d'Amato y el Centro Simón Wiesenthal apoyaron estas reclamaciones y comenzaron las presiones sobre los gobiernos europeos que se habían beneficiado de ese reparto del oro, para que abrieran sus archivos y comenzaran las investigaciones pertinentes. Dos de los países más importantes por la compra del oro fueron Portugal y España. Atendiendo a los requerimientos oficiales en Portugal se creó una Comisión de Investigación, que presidió Mário Soares, para estudiar la compra y venta de oro entre 1936 y 1946. El gobierno español creó también su Comisión presidida por Enrique Múgica.

Mientras que en el caso español las 300 páginas del Informe oficial se han conocido parcialmente, a través de la prensa o Internet, sin que se haya realizado una o varias publicaciones oficiales. En Portugal se han hecho públicos los resultados y el propio Ministerio encargó al profesor Telo un estudio específico sobre este trascendental tema, que hoy se nos presenta en la obra que ahora comentamos.

Su trabajo se divide en seis capítulos, alguno de los cuales merece un comentario específico. En el primero de ellos aborda con suma precisión la actitud neutral que adoptó Portugal durante la guerra, por cuanto es un tema vinculado con el del oro nazi como forma de pago del saldo favorable del comercio con Alemania. Terminando con los mitos de la «neutralidad debida al genio de Salazar», el profesor Telo llega a la conclusión de que esa neutralidad fue siempre entendida desde la alianza histórica con Gran Bretaña, decidida desde una perspectiva pragmática de adaptación a la evolución de la guerra, condicionada por la situación interna y los cambios de estrategia por las grandes potencias beligerantes, y diferente a la actitud de neutralidad mostrada por otros países europeos.

En este contexto aborda a continuación el papel de Portugal durante la llamada «guerra económica» y los acuerdos de pagos con Gran Bretaña y, muy especialmente, Alemania. Plantea Telo todo el proceso muy detalladamente y estudia las razones por las que los Aliados no avisaron a los dirigentes portugueses sobre el origen del oro nazi hasta febrero de 1944. Llega a la conclusión que esa decisión respondió claramente a los intereses de los Aliados, que preferían que se mantuvieran los acuerdos portugueses con el Eje.

Los tres últimos capítulos se ocupan del proceso negociador entre Portugal y las potencias aliadas en virtud de la Declaración del Oro y la Resolución VI de Bretton Woods de 1944, desarrollado entre los años 1945 y 1958. Tras el acuerdo establecido, desde noviembre de 1959 se va depositando en el Banco de Inglaterra la cantidad de oro fijada, cuyos pagos terminaron en mayo de 1960, en los términos fijados en el citado acuerdo.

Termina su trabajo Antonio Telo, que él define como «una explicación y no una justificación», afirmando de forma contundente que a la luz de las investigaciones realizadas sobre el oro nazi: «no hay motivos éticos, morales, políticos u otros para que Portugal se sienta obligado a corregir el acuerdo sobre el oro y los bienes alemanes firmado por los Aliados y la República Federal de Alemania». Una objetiva, exhausta, rigurosa y completa investigación, recogida a lo largo de estas 384 páginas por Antonio Telo avalan tal conclusión.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

LEMARCHAND, Philippe: *Atlas de Estados Unidos. Las paradojas del poder*, Madrid, Acento Editorial, 1999, 288 pp.

Los internacionalistas españoles, procedamos del área de especialización que fuere, seguimos teniendo algunos obstáculos que siguen dificultando nuestra tarea. Uno de estos obstáculos es el escaso interés que muestran las editoriales españolas por la elaboración y publicación de buenos atlas, ya sea geográficos, históricos, geopolíticos o simplemente una seleccionada recopilación de mapas históricos. Debemos recurrir, como en tantas otras ocasiones, a las publicaciones y editoriales extranjeras, especialmente británicas, francesas y alemanas —caso de Westerman, Perthes, Complexe o Dorling Kindersley—. Sólo hay que recordar el impacto que supone para un español la visita a la librería Stanfords de Londres, para saber lo importante que es disponer de un lugar en donde poder encontrar desde un pequeño libro sobre la historia de las banderas del mundo hasta un mapa actualizado del estado más recóndito de un continente.

Por todo ello, debo destacar el trabajo tan interesante, aunque quizá aún poco conocido, de la editorial madrileña Acento. A través de los acuerdos con las editoriales francesas La Découverte y Atlande, desde 1995 está publicando un conjunto de Atlas que deben merecer nuestra atención: *Atlas de los pueblos de la Europa Central*; *Atlas de los pueblos de Oriente*; *Atlas de los pueblos de Europa occidental* y más recientemente *Atlas de Africa* y el trabajo que aquí comentamos *Atlas de Estados Unidos. Las paradojas del poder*.

¿Cuál es el interés de estos Atlas? En primer lugar el trabajo de Jean y André Sellier en algunos de ellos y en el caso del *Atlas de Estados Unidos* el destacado equipo que participa bajo la dirección de P. Lemarchand, integrado por economistas, periodistas, militares, historiadores, sociólogos, políticos y cartógrafos. Todo un ejemplo a seguir. Destaca también en este conjunto de trabajos la cuidada cartografía, a todo color, atractiva, útil y numerosa. Cada uno de los mapas viene acompañado por unos textos amplios y bien redactados, en los que se conjugan los datos históricos con los análisis de la actualidad. El carácter interdisciplinar de estos trabajos nos permite conocer no sólo las referencias históricas o políticas más sobresalientes, sino también información sobre las lenguas, las razas, la economía, la emigración o las biografías de los personajes más relevantes. Los Atlas, por último, vienen acompañados de cronologías, bibliografía y unos precisos índices que ayudan enormemente al lector.

El trabajo sobre Estados Unidos que comentamos de forma más precisa se divide en cinco grandes partes. En la primera de ella, bajo el título de «Telón de fondo», se aborda la historia de este inmenso país hasta la actua-

lidad. En la segunda, «El sueño americano» se analizan con atención los factores más determinantes de la sociedad como pueden ser la religión, la estructura política, el «American way of life» o la tecnología. A continuación se estudia el papel de Estados Unidos como potencia mundial desde cinco perspectivas: diplomática, económica, militar, cultural y su posición como «modelo» en la sociedad internacional. La «Geopolítica de Estados Unidos» es examinada en su complejidad y extensión desde el panamericanismo al enfrentamiento con Francia en Africa. Por último, se analizan todos y cada uno de los 50 estados de la Unión.

Estamos, pues, en presencia de uno de los proyectos más relevantes en España, que debemos apoyar y difundir con todo nuestro entusiasmo. Tenemos en nuestras manos mucho más que un simple Atlas. Son un instrumento de trabajo, una obra de referencia, una monografía especializada o, simplemente, un recurso para conocer mejor a nuestra sociedad y el mundo que nos rodea. Sin duda, un ¡bravo! para la editorial Acento, que esperemos continúe en esa tarea con la traducción del resto de los Atlas de la colección.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

PALOMARES LERMA, GUSTAVO: *Política y gobierno en los Estados Unidos (1945-1999). Historia y doctrina de un espíritu político*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1999, 213 pp.

Quien quiera acercarse a lo que ha sido el discurso y la práctica política de los EE.UU. en el último medio siglo encontrará en esta obra una introducción clara y útil a tan importante y controvertido tema. Su autor es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, y ha publicado diversos trabajos sobre la política exterior de España, la política hacia América Latina, la teoría de las relaciones internacionales y la política exterior y de seguridad común (PESC) de la Unión Europea. En esta ocasión ha abordado Gustavo Palomares el estudio del «espíritu político» estadounidense, noción que incluye tanto los conceptos abstractos como las políticas aplicadas realmente, pero que sobre todo hace referencia a los principios teóricos que están en la base de la vida política norteamericana. Para el autor, este «espíritu político» puede conocerse a través del examen de las sucesivas «doctrinas» adoptadas por los órganos del Estado.

Partiendo, pues, de un enfoque histórico y de la idea de que *«las doctrinas que sucesivamente han sido el elemento conductor del interés nacional y del comportamiento de Estados Unidos en el mundo (...) siem-*

pre han supuesto la afirmación clara de sucesivos liderazgos», Gustavo Palomares desgrana el proceso de conformación en el tiempo de ese *status* privilegiado de los EE.UU. en la escena internacional.

Un breve examen de los antecedentes de este concepto de liderazgo, desde las disposiciones de la Constitución estadounidense referentes a la política exterior hasta el idealismo wilsoniano, pasando por la doctrina del «destino manifiesto» y por las sucesivas doctrinas del interés nacional, sirve de pórtico al núcleo de la obra, que se desarrolla siguiendo de cerca los planteamientos políticos de las sucesivas administraciones norteamericanas, si bien resaltando aquellas administraciones más significativas por la impronta que han dejado en la vida del país. Así, el relato pasa de puntillas sobre figuras como Dwight Eisenhower, Lyndon Johnson, Gerald Ford y Jimmy Carter, para detenerse en las personalidades de John Kennedy, Ronald Reagan o Bill Clinton, entre los presidentes, y el senador Joseph McCarthy o el secretario de Estado Henry Kissinger, entre los conformadores, por una razón u otra, de un característico espíritu político.

En torno a estos personajes han cristalizado, a juicio del autor, algunos de los conceptos clave: el anticomunismo histórico del macartismo al comienzo de la guerra fría, la promesa de una forma distinta de hacer política con la «nueva frontera» de Kennedy, la concepción de una política exterior intervencionista en Centroamérica alentada por el *reaganismo*, o la búsqueda de un nuevo modo de liderazgo para la posguerra fría protagonizado por la administración Clinton, entre otros.

La obra se cierra con una mirada prospectiva sobre los primeros años del siglo XXI, que se caracterizarán, para G. Palomares, por un liderazgo intermitente de Estados Unidos y una valoración más matizada de sus propios intereses por parte de la superpotencia, primando los aspectos económicos y políticos sobre los militares. Los últimos años habrían mostrado la necesidad de avanzar hacia un nuevo concepto de equilibrio en el escenario internacional, y los EE.UU. necesitarán reelaborar su doctrina política una vez más, sin renunciar a una rica herencia, pero sabiendo adaptarla a las realidades de un mundo globalizado en lo económico y fragmentado en lo político.

Carlos SANZ DÍAZ

ASCHMANN, Birgit: «*Treue Freunde...*»? *Westdeutschland und Spanien 1945-1963*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1999, 502 pp.

Las relaciones entre España y Alemania durante la época contemporánea han experimentado fases de aproximación y momentos de tibieza, cuan-

do no de conflictividad. Sin embargo, según el tópico repetido una y mil veces —tópico del que el franquismo, pero también los gobiernos alemanes coetáneos, hicieron uso generoso—, los dos países han permanecido siempre ligados por una «tradicional amistad» no alterada, durante varios siglos, por enfrentamiento bélico o contencioso serio alguno.

Birgit Aschmann se interroga en este libro, que primero fue tesis doctoral presentada en la Universidad de Kiel, por la validez de esa pretendida imagen de amistad para un período bastante mal conocido para las relaciones mutuas como es el que sigue a la Segunda Guerra Mundial, llevando su investigación desde el mismo año 1945 de la derrota nazi hasta 1963, fecha en que, con el relevo de Konrad Adenauer por su ministro de economía Ludwig Erhard como Canciller de la República federal, se cierra toda una era en la historia alemana.

Parte la autora de un conjunto de preguntas que cabe resumir en dos: si efectivamente las relaciones mutuas fueron tan buenas como aseguraban las fuentes oficiales de uno y otro lado, y en qué medida la sombra arrojada por la colaboración nazi-franquista entre 1936 y 1945 condicionó, y en qué sentido, dichas relaciones en los dieciocho años siguientes. Cuestiones éstas que sirven de punto de arranque y de llegada, más que de inspiración teórica o de horizonte heurístico, a una investigación de factura sólida, muy atenta a la fundamentación empírica de sus afirmaciones, y que discurre por los cauces de una historia de las relaciones internacionales entendida al modo clásico.

La obra se vertebra según un doble eje que combina lo cronológico y lo temático. Tras un capítulo consagrado a pasar revista a la colaboración entre Franco y Hitler, el siguiente apartado traza las condiciones de partida de españoles y alemanes en el proceso de reinserción internacional de sus respectivos regímenes tras 1945. Un proceso claramente divergente si se atiende al grado de aceptación logrado en un tiempo récord por la democrática RFA (la Alemania oriental, no reconocida por los gobiernos occidentales, está ausente obviamente de estas páginas) en contraste con la dictadura española pero que, no obstante, muestra paralelismos notables. En tercer lugar se examina la política española hacia los territorios alemanes sometidos a la cuádruple administración de los aliados en el interregno 1945-1949, un momento en que —a juicio de la autora— la prioridad española de restablecer los canales de comunicación diplomática con los EE.UU. y, en menor medida, con Reino Unido y Francia, reprimió la posibilidad de concebir una «política alemana» en el seno del Palacio de Santa Cruz.

Al período de la «Era Adenauer» (1949-1963) corresponde la parte más importante y extensa del libro, parte que ha sido subdividida en cinco secciones. La primera se consagra a aquellos problemas que, heredados de la

Segunda Guerra Mundial o de la inmediata postguerra, fueron fuentes de tensión entre Madrid y Bonn: los más importantes de ellos, el litigio en torno a la propiedad alemana semioficial expropiada por el gobierno español desde 1945, y la presencia de nazis, oficiales de las SS y otros caracterizados representantes del Tercer Reich en suelo español. Las cuatro secciones siguientes se consagran a las temáticas específicas de las relaciones bilaterales en los planos político, cultural, económico y militar.

Es en los dos últimos campos mencionados donde las aportaciones de este libro resultan más significativas, abordándose por ejemplo cuestiones tales como la prestación por parte alemana a España de ayuda técnica y de financiación (con cargo a fondos de ayuda al desarrollo) de proyectos de obras públicas, la evolución del intercambio comercial y los comienzos de la emigración española a la RFA, así como la incipiente aproximación del franquismo al proceso de construcción europea. Respecto a las relaciones en el plano militar, sobre la base documental proporcionada por el Archivo Militar de Friburgo se reconstruyen diversas vías de cooperación bilateral, que evidencian las líneas de continuidad entre la etapa anterior a 1945 y la posterior. Precisamente por la hipoteca del pasado y el peso emocional de la reciente colaboración bélica, cuyo recuerdo se adensa en torno a los casos de la Legión Condor, del bombardeo de Guernica y de la División Azul, la colaboración entre la España de Franco y la RFA en el plano militar fue un asunto delicado y, de hecho, *tabú* de cara a la opinión pública europea, hasta bien entrados los años sesenta.

Dada la cantidad de datos inéditos sacados a la luz y puestos a disposición del lector por Aschmann, este libro constituye sin duda una contribución muy importante a nuestro conocimiento de las políticas exteriores española y alemana desde la óptica de sus relaciones bilaterales, precisamente para un período que ha sido escasamente frecuentado por los historiadores. En cuanto a los aspectos menos positivos, señalaríamos en primer lugar una cierta insuficiencia en el trazado de las premisas teóricas que orientan la investigación, que no se mencionan sino de manera extremadamente sumaria y que, en cualquier caso, se adelgazan pronto bajo el peso del triple imperativo de lo cronológico, lo bilateral y lo descriptivo. Una mayor ambición interpretativa, y algo más de atención a la contextualización de determinados fenómenos bilaterales explicables sólo por referencia a un marco más amplio (como por ejemplo el flujo migratorio España-Alemania o la aproximación de España a la OECE y la CEE) habrían redundado claramente en beneficio del resultado final.

Junto con ello, y en segundo lugar, hay que señalar la desigual utilización de las fuentes primarias por parte de la autora. Mientras que los fondos alemanes depositados en el ya mencionado Archivo Militar de Fribur-

go, en el Archivo Político del *Auswärtiges Amt* de Bonn y en el Archivo Federal de Coblenza han sido examinados y aprovechados exhaustivamente, la documentación depositada en el Archivo del Ministerio español de Asuntos Exteriores ha sido objeto de un tratamiento más fragmentario y que prácticamente se interrumpe, sin justificación aparente, en el año 1959. La base documental del estudio de las relaciones bilaterales gravita con ello, para el crucial período 1958-1963 (singularizado por la aproximación y la mayor colaboración España-Alemania), sobre fuentes casi exclusivamente alemanas, completadas, naturalmente, con bibliografía secundaria de los dos países.

Con estas consideraciones a la vista debe, no obstante, resaltarse la utilidad de una obra que, como la que reseñamos, contribuye a un conocimiento más preciso de las políticas exteriores española y alemana. Tópicos como el de la «tradicional amistad» que, aun teniendo su parte de verdad resultan simplificadores y endebles cuando se los somete a un análisis detallado, pueden sustituirse, sobre la base del conocimiento histórico, por visiones más ajustadas, complejas y realistas de la conflictiva relación entre dos países cuyas relaciones mutuas han estado lastradas, en no poca medida, por el desconocimiento recíproco.

Carlos SANZ DÍAZ

ÁLVAREZ-OSORIO, Ignacio: *El proceso de paz en Oriente Medio. Historia de un desencuentro*. Madrid, A.E.C.I., 1999, 348 pp.

El conflicto del Próximo Oriente es la cuestión que, en el panorama de las relaciones internacionales, ha suscitado un mayor interés a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, tanto por su permanente actualidad como por sus profundas repercusiones de todo tipo, entre estudiosos e investigadores, y así se refleja en una abundante bibliografía publicada durante estos años. Y también, como parte integrante del mismo, el proceso de paz iniciado en la región, como señala M. A. Moratinos en el Prólogo a este libro.

Tras un largo período de guerras entre israelíes y árabes y palestinos: cinco entre 1948 y 1982, con una singular importancia de la de los Seis Días en 1967 cuando Israel ocupó los territorios árabes de Sinaí, Gaza, Cisjordania con Jerusalén Este y el Golán, se inicia un proceso de paz entre Israel y los países árabes en 1978, con los acuerdos entre Israel y Egipto, que después, entre interrupciones y dificultades, ha sido continuado y reactivado desde la celebración de la Conferencia de Madrid en octubre de 1991, basado en el criterio de «territorios a cambio de paz», y que se ha

plasmado en un doble objetivo: lograr la retirada de los territorios ocupados y alcanzar una plena normalización de las relaciones árabe-israelíes.

En este libro se analiza la evolución de las negociaciones entre israelíes y árabes y palestinos durante el periodo comprendido entre 1967 y 1995. Este proceso se ha caracterizado, como indica el autor en el Prefacio del libro, por su inestabilidad congénita, su inquietante desequilibrio y sus impredecibles bandazos que le han hecho fluctuar de manera permanente entre el conflicto y la negociación. El propósito de este estudio es valorizar en su justa medida la aportación de los principales actores políticos internacionales: EE.UU., URSS, N.U., C.E., y regionales: Israel, Egipto, Jordania, Siria, Líbano, Irak, Arabia Saudí, etc., prestando especial atención a la actitud del movimiento nacional palestino, la O.L.P.

El contenido de la obra, tras los citados Prólogo y Prefacio, se estructura en cuatro capítulos, partiendo cada uno de ellos de un conflicto bélico: las guerras de los Seis Días en 1967, de Yom Kipur en 1973, del Líbano en 1982, y del Golfo en 1991, que alteran la repartición de fuerzas en el Próximo Oriente y provocan un cambio de actitud de sus principales actores ante el proceso de paz, y que se titulan «La génesis del proceso de paz», «Los acuerdos de Camp David y la *Pax Americana*», «El *impasse* del proceso de paz», y «Las incognitas de Oslo».

El libro contiene en sus últimas páginas una serie de mapas, un Índice onomástico, una Bibliografía y una relación de las entrevistas personales realizadas por el autor con personalidades palestinas como parte del trabajo de campo.

José U. MARTÍNEZ CARRERAS

ALGORA WEBER, M.D.; GONZÁLEZ NORIEGA, J. F. Coords.: *Palestinos e israelíes: cincuenta años de partición del territorio*. Madrid, Ed. Encuentro, 1999, 163 pp.

Con un Prólogo de M. A. Moratinos y una Presentación de J. Rupérez se edita en este libro el contenido del Seminario que con este título y el subtítulo de «La Unión Europea en el proceso de paz en el Próximo Oriente» se celebró en Madrid los días 24 y 25 de febrero de 1999, con participación de políticos tanto palestinos como israelíes, además de académicos y analistas internacionales interesados en el mismo. El Seminario se propuso, y así se recoge en este libro, hacer un análisis y una valoración, así como una contribución, sobre el difícil proceso de paz que se registra

actualmente en el Próximo Oriente desde la celebración de la Conferencia de Madrid en 1991, que inició tal proceso.

La estructura del libro sigue la del desarrollo del Seminario, recogiendo las cinco sesiones en que se organizó el mismo, seguidas cada una del correspondiente debate posterior. Estas cinco sesiones son: «La Conferencia de Madrid: orígenes y consecuencias» moderada por Manuel Alabert, «El proceso de paz hoy: dificultades y avances», con Ignacio Rupérez como moderador, «El factor económico en el proceso de paz» con Henning Wegener, «El conflicto social» por Senén Florensa, y «Recopilación de planteamientos y soluciones» moderada por Patrick Leclerq.

El libro finaliza con el Acto de Clausura del Seminario en el que pronunciaron unas breves palabras Senén Florensa y Javier Rupérez.

J. U. MARTÍNEZ CARRERAS

VILANOVA, Pere: *Jerusalén. El proceso de paz en Oriente Medio*. Barcelona, CIDOB Ed., 1999, 232 pp.

El propósito central de este libro, según se indica en la Introducción del mismo, consiste en evaluar la situación de Jerusalén en el contexto del proceso de paz en el Próximo Oriente entre Israel y los palestinos. El trabajo toma como referencia de partida el período 1947-48 entre el Plan de Partición de Palestina acordado por N.U. en noviembre de 1947 y la proclamación del Estado de Israel en mayo de 1948, aunque la suerte de la ciudad de Jerusalén en esta etapa no queda fijada hasta diciembre de 1949, con el resultado de la primera guerra árabe-israelí y la partición de hecho de la ciudad. La segunda referencia fundamental se sitúa en 1967 como consecuencia de la guerra de los Seis Días, cuando Israel ocupa toda Cisjordania, incluyendo la totalidad de Jerusalén, que convierte unilateralmente en la capital de su Estado. Y la tercera referencia cronológica es la que permite entrar en el cuerpo central de este estudio: el proceso de paz a partir de los acuerdos de Washington en septiembre de 1993 hasta el momento actual, con la disputa entre israelíes y palestinos sobre la posesión de esta ciudad.

Jerusalén tiene una importancia fundamental en esta disputa: es la ciudad santa de las tres religiones —judíos, musulmanes y cristianos—, su peculiar situación se deriva del confuso proceso de descolonización desde 1917 en el Próximo Oriente y en Palestina, y su *status* ha evolucionado en función de las sucesivas guerras árabe-israelíes, con una singular importancia de la de los Seis Días en 1967 cuando Jerusalén quedó conquistada e incorporada a Israel. El objetivo de este libro es hacer un análisis del esta-

do de la cuestión en la coyuntura actual, y exponer una relación de fuentes bibliográficas y de centros de estudio para el mismo.

El contenido del libro, además de la citada Introducción, se expone a lo largo de tres capítulos que tratan sucesivamente sobre «La ciudad y el distrito» el capítulo I, «Encuestas de opinión y perfil electoral» el II, y «Propuestas de paz» el III, finalizando con unas Conclusiones en las que se plantea el estado actual de la cuestión entre israelíes y palestinos.

La obra contiene además una serie de Anexos sobre cronología, documentos, fuentes, bibliografía y mapas que dan, en su conjunto, un mayor relieve e interés, así como utilidad, al trabajo.

José U. MARTÍNEZ CARRERAS

ESTRADE, P. *José Martí: Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*. Madrid, Doce Calles, 2000. 794 pp.

El libro que nos ocupa resulta una obra de indiscutible valor para conocer, en su amplia dimensión, la praxis revolucionaria del que fue genuino símbolo de la independencia cubana a fines del siglo XIX.

Como bien resalta el poeta cubano R. Fernández Retamar, en su largo prefacio, Estrade ciñó sus indagaciones a las ideas económicas, sociales y sobre todo políticas, así como a la acción revolucionaria del héroe de Dos Ríos; «y los ha estudiado reuniendo con fortuna el rigor y la minuciosidad que caracterizan a lo mejor de la Universidad francesa, con una calidez que desborda los límites académicos y da veracidad a la exposición».

El actual libro es la traducción casi íntegra de la versión manuscrita original, escrita en francés, de su Tesis doctoral defendida en 1984. Un simple hojear de las más de 700 páginas nos lleva a la firme convicción de que el joven Estrade de entonces resume y rezuma las tesis e investigaciones de un grupo importante de historiadores cubanos que en la década de 1980 ya habían establecido sólidas bases científicas para la comprensión íntegra del pensamiento martiano. La capacidad intelectual de Estrade se manifiesta en conciliar armónicamente las diferentes consideraciones de autores que, por entonces, debatían ideas contrapuestas y junto a sus propias investigaciones logra un trabajo serio, metódico y original.

Si bien se deja ver la influencia de la historiografía cubana también se palpa la influencia activa de reconocidos historiadores como Rebeca Scott, Anne Pérotin o el siempre recordado Noël Salomón.

En el prólogo, redactado por el propio autor, se pone de manifiesto el culto de que es objeto Martí en Cuba, culto del que el propio autor es pre-

sa a lo largo del voluminoso estudio. «¿Acaso puede el investigador estudiar el pensamiento martiano sin tener en cuenta el «fenómeno» Martí, del que, quiéralo o no, es a la vez testigo y actor?», responde Estrade con una pregunta.

José Martí, escritor fecundo y variado, de espíritu enciclopédico, cultivó con maestría los más variados temas de su época: la crónica, el teatro, la poesía, la traducción, la crítica literaria. Nada le fue ajeno. Pocos como él lograron aprehender los cambios gigantescos de la sociedad norteamericana y de su América, al sur del río Bravo.

Su pluma fue estilete, bisturí. Cada palabra, cada acción tienen un fin único: la independencia de Cuba y evitar la expansión norteamericana hacia las tierras del sur y Centroamérica y las hermanas islas del Caribe. Fue un intelectual revolucionario comprometido más allá de su tiempo, pocos como él vieron con más nitidez el futuro de las Américas.

Estrade, en este ensayo, logra proyectar esa figura en su tiempo y, sin apologías innecesarias, trasladarle a nuestros tiempos y proporcionarle un espacio vanguardista en el combate del Tercer Mundo por conseguir su plena liberación económica y política. Una de las virtudes del libro radica en el saber andar del autor por el escabroso camino de las definiciones. Busca la luz partiendo de su tesis: la democracia en el pensamiento martiano y evita caer en el Martí liberal de Emeterio Santovenia y el radical de Isidro Méndez, entre el socialcristiano de Mas y el anticlerical de Emilio Roig.

Julia MORENO